DEUDAS DEL ALMA

ó

LAS HIJAS DEL DOCTOR.

DRAMA EN DOS ACTOS

DE M. SCRIBE,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON LUIS OLONA,

Representado en el Teatro del Drama, el 24 de diciembre de 1850.



N.° 132.

MADRID, 1851. — IMPRENTA DE S. OMAÑA.
Calle de la Redondilla núm. 2.

PERSONAGES.	ACTORES.
LEOPOLDO BERMON, *banquero*.	DON JUAN LOMBÍA.
EL DOCTOR HOLBEIN.	DON FACUNDO AYTA.
ENRIQUE DE SAN MIGUEL. . .	DON ANTÓNIO MUÑOZ.
ELENA, *hermana adoptiva de*. .	DOÑA CATALINA FLORES.
MARGARITA, *hija del doctor*. .	DOÑA MARÍA IMPERIAL.
UNA DONCELLA.	DOÑA N.
UN CRIADO.	DON N.

La accion en el primer acto en Zurich y en casa del Doctor. El segundo en Florencia.

ACTO PRIMERO.

Una sala baja. Puerta al fondo que dá salida á un jardin. A la izquierda del público en segundo término una ventana: en primero una puerta; una chimenea á la derecha en primer término y en segundo otra puerta. Sobre la chimenea un reló. A la izquierda una mesa y un sillon al lado de ella: á la derecha junto á la chimenea, un sofá. Sillones, espejo, etc.

ESCENA PRIMERA.

ELENA *y* BERMON *en trage de camino.*

ELENA. (*Saliendo por el fondo.*) ¿Pero es posible, caballero? ¿Es posible? Seguirme hasta Suiza, hasta Zurich, hasta esta casa que no es la mia...

BERMON. ¿Y por eso se enfada usted?

ELENA. Sí, señor, sí. Me enfado, me enfadaré siempre. Cuando abandono secreta y repentinamente á Florencia es señal de que no quiero que nadie sepa mi partida, que nadie...

BERMON. Sí, escepto yo.
ELENA. No. Incluso usted.
BERMON. Ya, pero como sé manejarme de manera, que dia por dia y hora por hora me informo de todo lo que usted hace..
ELENA. ¡Cómo!
BERMON. Y buen dinero que me cuesta.
ELENA. ¡Qué oigo! ¿Tiene usted valor de confesarme ese espionaje que ejerce usted, respecto de mi persona?
BERMON. ¿Por que no? Soy banquero, no muy jóven, pero con un alma sensible, soy dueño de una inmensa fortuna que no sé en que emplear y que usted rechaza. ¿En qué he de emplearla mejor que en comprar la felicidad? Pues bien mi felicidad, hermosa Elena, es tener noticias de usted, pensar en usted dia y noche y... por eso al saber que hacia usted este viage á Zurich me habia alarmado de tal modo... como que llegué á temer... que... que viajase usted con algun adlátere.
ELENA. ¡Caballero!...
BERMON. Perdone usted. Nunca con tanta reputacion y tan cercada de adoradores, hubo artista mas digna, mas virtuosa, ni mas respetada que usted, Elena. Sí, despues supe que caminaba usted sola... y... me sonrojé de mi sospecha... pero... el caso fué que entonces me asaltó otro temor. Me ínquietó la idea de los riesgos que podia usted correr en el camino, de lo largo del viage y... ¡pues! Sin pedirle el permiso, porque usted me lo habria negado...
ELENÁ. ¡Me siguió usted!
BERMON. ¡Al contrario! La precedí haciéndola preparar los mejores cuartos en todas las posadas y gratificando á los postillones que habian de reemplazar el que usted traia.
ELENA. Confieso que tan buenos servicios... yo se los agradezco en el alma; pero ya que he llegado al término de mi viage... ¿á qué seguirme con tal empeño? ¿Qué viene usted á hacer aqui?
BERMON. ¿Qué? Vengo á hacer á usted una súplica.
ELENA. Pues... concluyamos.
BERMON. Usted ha obtenido de su empresario una licencia de un mes y ha pasado mas de la mitad de este tiempo.....
ELENA. En Venecia.
BERMON. Pues bien. Esa licencia se cumple dentro de pocos

dias y yo vengo en nombre de todos sus adoradores de usted... sin contarme... no, no, contándome el primero, á preguntarle si con efecto estará usted de vuelta en Florencia para la apertura del teatro.

ELENA. Naturalmente. Mi licencia se cumple y no puedo faltar al contrato que he firmado.

BERMON. ¡Bravísimo! Entonces puedo sin temor abonarme en mi palco de proscenio por todo el año.. á fin de estar en él todas las noches, desde la sinfonía hasta el coro final

ELENA. (*Impaciente.*) A lo que parece, es usted muy aficionado á la música.

BERMON. No la puedo resistir..... me ataca á los nervios.... Sobre todo, la música italiana... Pero... pero cuando la canta usted... Ay! Entonces es otra cosa.

ELENA. No es poca fortuna.

BERMON. Sí. Entonces la soporto. Me incomoda menos. Es cuanto puedo hacer. Pero... á todo se acostumbra uno, y con el tiempo.

ELENA. ¡ Ya !

BERMON. La música me produce un cencerreo en los oidos...

ELENA. ¿ En ese caso á qué asiste usted en Florencia á la ópera ?

BERMON. ¡Para verla á usted! Solo para verla. Penetrar en su casa de usted, es obra de romanos. El portero y la vida ejemplar que usted hace, me cierran la entrada, y veo que á todos sus demas amigos de usted les pasa lo mismo, que usted es el honor, la virtud mas acrisolada ! ¡ Oh ! estoy bien informado, ya vé usted... Pago bien generosamente para ello, (*Elena sube un poco la escena y pasa á la izquierda sentándose junto á la mesa.*) (*Para si mismo.*) (*No* he caminado á ciegas, no, al ofrecerle mi corazon y mi vida. A fuer de banquero, he tomado mis informes antes de colocar mis fondos como si dijéramos y...) Ahora... si es que no la molesto demasiado, me concederá usted dos minutos de audiencia?

ELENA. ¿ Mas aun ?

BERMON. Son dos minutos. ¡ Dos !

ELENA. Bien, sea usted breve.

BERMON. ¡ Qué bondad !

ELENA. Sea usted breve, repito.

BERMON. Elena, mi padre que era banquero del gran duque

y de la córte de Toscana, se encargó de mi educacion. Es decir, que no me enseñó mas que á ser banquero como él, lo cual, francamente hablando, aprendí en toda regla. Por lo que hace á mis cualidades personales, ya las vé usted. Ni soy buen mozo, ni elegante y... me pondria en ridículo si intentara desempeñar el papel de seductor. Conociendo pues, que mi talento es poco y mi gracia ninguna, quiero encontrar ambas prendas en la muger con quien me case. ¿Quiere usted aceptar mi mano?

ELENA. ¡Cómo! ¿Qué escucho? Usted me brinda...

BERMON. Sí, yo. Ofreco á usted mi fortuna y mi mano; ya sé que mi mano vale poquísimo, pero si puede ser tolerable á favor de mi riqueza...

ELENA. (*Levantándose y con emocion.*) Mr. Bermon... Es usted un hombre honrado.

BERMON. ¡Oh! me vanaglorio de ello.

ELENA. Tiene usted un recto corazon...

BERMON. Si asi no fuese, jamás le habria ofrecido...

ELENA. Y su oferta de usted, me honra, me conmueve.

BERMON. ¡Oh dicha! ¡Usted la acepta! Usted...

ELENA. No, caballero.

BERMON. ¿Eh?

ELENA. No me es posible. Pero su comportamiento de usted, merece que yo le confie, que yo le esplique las razones de mi negativa.

BERMON. Pues desde luego le advierto que no me convencerá ninguna.

ELENA. ¡Cómo!

BERMON. Ninguna. Pero ya las escucho.

ELENA. Huérfana y abandonada desde mi mas tierna edad, no he conocido pariente alguno... no los tengo.

BERMON. ¿Parientes? ¿Y para qué nos hacen falta? ¡Al contrario! Ya verá usted cuando se case usted conmigo, cuando posea usted mi fortuna, cómo parecen, cómo vienen á docenas á decirle á usted, el uno que es primo, la otra que es tia, aquel... ¡Oh! si no es mas que eso...

ELENA. No he concluido aun.

BERMON Continue usted.

ELENA. Todo lo que recuerdo de mis primeros años, es que un dia me encontraba en medio del camino de Zurich, á Bale, sin haber comido hacia muchas horas y cantando un romance de nuestras montañas á fin de ganarme un pedazo de pan.

BERMON. (*Conmovido.*) ¿ Usted ?

ELENA. Sí. El tiempo era borrascoso, la lluvia empezaba á caer. La noche me obligaba á retirarme, cuando oí pasar un carro en aquel instante. Acerquéme cantando, una niña que en él iba se sonrió dulcemente al fijar en mí sus bellos ojos y me arrojó su merienda, que llevaba en una cesta. Gracias, hermanita la dije llena de gozo! En efecto, hermana mia fué desde aquel instante, porque aquella niña angelical viéndome sin amparo, espuesta al frio y á la lluvia, rogó á su padre me condujese con ellos. Contemplóme el anciano conmovido tambien.. y por último, el generoso doctor Holbein y su hija... me condujeron á su morada.

BERMON. ¡Oh! (*Enjugándose una lágrima.*) ¡Ese hombre vale un doscientos por ciento! Dios proteja y bendiga su casa.

ELENA. En ella estamos, caballero.

BERMON. (*Mirando la habitacion.*) ¿Es esta? Se conoce que el pobre doctor no se halla muy sobrado de intereses. Pero no importa. ¡Salud á la morada del hombre de bien!

ELENA. Sí. Del hombre de bien! Tiene usted razon. El doctor me adoptó por hija, y nunca se han desmentido para conmigo un solo momento sus paternales cuidados. Nunca tampoco hubo hermana tan cariñosa como su hija para mí. Educadas juntas, durmiendo bajo un mismo techo, sin separarnos un instante, no teniamos mas que un solo pensamiento, una sola alma. Oh! créame usted. Jamás hombre alguno por mucho amor que me inspire como amante ó como esposo podrá esperar de mí un cariño igual al que profeso á Margarita.

BERMON. Corriente! ¿Es ese el obstáculo que se opone? Por vencido desde luego. Primero ella, Margarita antes que nadie, y despues yo. Eso es muy justo. Pero ¿cómo ha podido usted separarse de una tan tierna, tan intima compañera?

ELENA. La reputacion del doctor Holbein se habia estendido por todos los cantones, y cada dia era mayor el número de los enfermos que venian á consultarle, pero... En este pais, como usted sabe, el dinero escasea mucho, las consultas nada producian al doctor, y por el contrario, no contento con curar á los menesterosos, les daba para remediar sus miserias, privándose de lo

poco que él poseia. Asi fué que á pesar del órden y de la economia que Margarita y yo manteniamos en la casa, nuestro pobre padre se encontraba en una suma escasez: jamás lo dieron á entender sus labios, pero yo lo veia claramente; yo consideraba que mi persona era gravosa, era causa en una tercera parte al menos de aquellas privaciones que el doctor y Margarita se imponian y... esta idea llegó á serme insoportable. Mientras ellos me prodigaban mas ternura y mas afectuosos cuidados, mas soñaba yo dia y noche con la idea de hacer fortuna para ayudarlos y enriquecerlos á mi vez. Pero ¿cómo conseguir mi deseo yo, pobre huérfana, y sin recursos? ¿Que medios podia yo emplear? De repente se ocurrió uno á mi imaginacion. Merced á mi padre adoptivo, yo conocia la música perfectamente: nos encontrábamos muy cerca de Italia.., Ya no vacilé un solo momento á pesar de las objeciones y de los temores de Margarita, á quien únicamente confié mi designio. Parti pues, á Florencia, y bajo el nombre de Clelia hice mi primera salida en el teatro. Usted sabe lo demas.

BERMON. Sí. Ahora comprendo...

ELENA. No del todo, Mr. Bermon. Porque no debiendo una jóven casarse sin el permiso de su familia, y siendo mi familia única el doctor Holbein y Margarita, vengo hoy á pedirles el consentimiento para mi boda.

BERMON. Cielos! Conmigo?

ELENA. No tal; con otro á quien amo.

BERMON. (*Fuera de sí.*) A quien ama usted..,! Otro! Un rival! Oh! ya adivino! Venecia! Ese viaje á Venecia!

ELENA. Jamás he estado en ella.

BERMON. Eh? Calle! Con que ese viaje fué fingido! Y podré yo saber...

ELENA: Perdone usted, amigo mio.

BERMON. No me llame usted su amigo.

ELENA. Perdone usted, Mr. Bermon; este amor y este enlace son un secreto que no me pertenece á mi sola.

BERMON. Ya! Es decir que me quedo sin averiguar nada! Soy el hombre mas... Ay, Elena! Elena! Usted me ha causado una herida en el corazon...

ELENA. Vamos, sea usted indulgente.

BERMON. Indulgente? Me gusta el consejo! Sea usted indulgente! Es decir, sea usted un alma de Dios!

ELENA. Pero...

BERMON. No! Jamás! Yo me habria resignado á no ser por

ahora amado de usted, á esperar... Para ciertas cosas tengo mi dósis de paciencia... Además que no amando usted á nadie... me sentia con valor, con resignacion, hasta con esperanzas... Pero al saber que existe un hombre, un hombre á quien usted prefiere... Esto es una bancarrota con que no me conformaré nunca.

ELENA. Diga usted lo que quiera; al menos no se me acusará de que me caso con ese hombre por su riqueza.

BERMON. ¡Es pobre! ¡Ah! sin duda trata de sacrificarla á usted á su egoismo.

ELENA. El por el contrario, es quien ha sacrificado por mi amor su rango, su porvenir, su libertad misma, él es quien por mí sufre las iras de un padre, el enojo de su soberano. Dígame usted, ¿no es justo que mi cariño le recompense tanta lealtad?

BERMON. ¿Eh? No señora.

ELENA. ¡Como!

BERMON. No es justo, ni lo será nunca que ese hombre me robe mi tesoro. Protesto.

ELENA. Cuando yo empezé á amarle no le conocía á usted aun.

BERMON. Eso no quita para que me arrebate actualmente mi felicidad.. A nadie se debe heredar en vida y... y la herencia será del que se quede en este mundo. Ya tengo mi idea.

ELENA. ¿Qué quiere usted decir?

BERMON. Nada, nada. ¿Ese rival dichoso está en este pueblo, no es cierto?

ELENA. No.

BERMON. ¡Ah! ¡En Francia! (Allá me vuelvo.)

ELENA. Tampoco. Debe llegar aquí de un momento á otro.

BERMON. (Pues me quedo.) ¿Y si yo preguntase á usted su nombre?...

ELENA. Me dispensaría usted la libertad de ocultárselo.

BERMON. ¿Sí? No me coje de susto (*Se sienta.*) esa respuesta... Pero ese hombre sin duda es jóven, bello, elegante, buen caballero, eh?

ELENA. Ciertamente.

BERMON. Claro. ¿Usted que ha de decir? (Le aguardo le acecho, y el primer jóven que encuentre por estos sitios.. sin duda creen que un banquero no sabe batirse! podrá batirse mal, pero se bate.) A los pies de usted señorita!...

ELENA. ¿Que tiene usted? ¿Qué significa esa agitacion?

BERMON. Nada. No me es lícito por ventura estar todo lo agitado que me parezca? Pues lo estoy. Además, me siento así, con necesidad de marcharme. (*Elena se levanta.*) No es usted sola quien tiene derecho á hacerme andar.

ELENA. ¿Yo?

BERMON. Pues. Ahora caminaré por mi cuenta, haré caminar á otros y... como entretanto me convendria pasear un poco... voy á pasearme.

ELENA. No comprendo...

BERMON. Tengo el honor de saludarla. (*Se vá.*)

ESCENA II.

ELENA *sola viendole partir.*

Hé ahí un original, un pobre millonario, un escelente hombre á quien compadezco sinceramente. Pero... es culpa mia si no puedo hacer por él otra cosa que compadecer su pasion? No. Mi alma toda es de Enrique, de Enrique que vá á ser mi esposo y cuya memoria no me abandona un solo instante. (*Dan las nueve en el reló que está sobre la chimenea.*) ¡Cómo! ¡Las nueve de la mañana! ¿Y nadie se ha levantado aquí todavía? Tanto mejor. Así gozaré en su sorpresa cuando Margarita y mi padre vengan juntos á esta sala como de costumbre. Siento ruido. (*Sentándose á la derecha en el sofá.*) ¡Sentémonos en este sofá! ¡Cual vá á ser su alegría!

ESCENA III.

ELENA, *sentada*; HOLBEIN *sale vivamente por la puerta que está detrás del sofá y sin ver á Elena. Se dirige á la chimenea y se detiene clavando una mirada fija y contemplativa en el reló.*

ELENA. (*Levantándose.*) ¡Viene solo! Margarita no está con él... Y parece estar tan distraido, tan triste... que no ha reparado en mí... ni demuestra reparar en nada. *Holbein como un hombre que toma una resolucion pára la péndola del reló, y en seguida apoya los codos sobre el tablero de la chimenea y la cabeza entre sus manos, quedándose en la actitud del abatimiento.*

HOLBEIN. Que no pudiera detener la marcha del tiempo como la péndola de este reló!... (*Baja á la escena hácia la izquierda y vá á sentarse cabizbajo junto á la mesa.*

ELENA. ¡Oh! Ya no espero mas. (*Adelantándose.*) ¡Padre mio!

HOLBEIN. (*Tendiéndole los brazos.*) ¡Elena, hija mia! ¡Por fin has venido!

ELENA. Por fin... que dice usted?

HOLBEIN. ¡Ah! pero llegas muy tarde á juzgar por el tiempo que hace te llamo en mi socorro. (*Abrazándola.*) ¡Elena!

ELENA. ¿En su socorro?

HOLBEIN. ¡Casi todos los dias te he escrito! ¡A Venecia!

ELENA. ¿A Venecia? Si yo no estaba allí.

HOLBEIN. Los periódicos de Florencia lo aseguraron al menos y yo...

ELENA. No, no estaba allí, padre mio, sino en otra ciudad... secretamente... Ya le contaré á usted, por qué, pero... dígame usted y Margarita? Mi hermana.

HOLBEIN. (*Con dolor.*) ¡Margarita!

ELENA. ¡Dios mio! me asusta usted! Está usted temblando! ¡Y esas miradas!... ¡Que sucede padre mio!...

HOLBEIN. Que muy pronto... que muy pronto no tendré nadie mas que tú que me dé ese nombre.

ELENA. ¡Cielos!

HOLBEIN. ¡Que muy pronto mi hija habrá dejado de existir!

ELENA. ¡Margarita! ¡Oh! pero eso es increible!

HOLBEIN. ¡Elena! Dentro de algunas horas quizá... ya no tendré hija! (*Señalando al reló.*) Y,.. y... yo no quiero oir sonar esas horas terribles!

ELENA. ¡Pero Dios mio! Padre, el dolor sin duda estravia su razon de usted. Valor. Ya estoy aquí, vengo á sufrir y á velar como usted... Margarita es jóven, no se muere tan facilmente á los veinte años, y ella tan hermosa, tan alegre, que tiene por padre al sábio doctor Holbein!

HOLBEIN. (*Levantándose.*) Mi ciencia nada puede ya.

ELENA. Pero tal vez podrán algo mis tiernos cuidados y mis cariñosos desvelos, y todo cuanto sea preciso intentar... veamos. Dígame usted lo que ha sucedido, que enfermedad es esa. Quiero saberlo todo antes de ver á Margarita.

HOLBEIN. Hace dos meses... sí, ese tiempo poco mas ó menos, que Lady Asthol, una gran señora inglesa que viajaba por Suiza cayó enferma en Zurich. Yo la asistí hospedándola en mi misma casa, y ya buena, merced á mis cuidados buscaba á cada instante ocasion en que manifestarme su reconocimiento. Profesaba á Margarita un afecto entrañable!..

ELENA. Como todos los que la tratan aunque sea una sola vez.

HOLBEIN. Y un dia me propuso llevarla consigo á una escursion de recreo que iba á hacer al lago de Como y á las islas, Borromeas. La idea de este bello viage encantaba á Margarita. Recorrer un pais delicioso y... y además pisar el suelo de Italia! Aunque el lago de Como está lejos de Florencia, para Margarita era al fin acercarse á la ciudad donde tú estabas, donde vivia su hermana! y esto avivaba su deseo. Partió, y al cabo de un mes, Lady Asthol me trajo á mi hija.

ELENA. ¿Con entera salud?

HOLBEIN. Sí, pero ese viaje que hubiera debido sentarle muy bien .. la habia cambiado un poco sin embargo.

ELENA. Sin duda la fatiga del camino...

HOLBEIN. Probablemente.... Y quizá tambien un suceso que no me escribieron temiendo sobresaltarme y que por lo demás no tuvo consecuencias.

ELENA. ¿Un suceso?

HOLBEIN. Sí. Parece que lady Asthol y las demás señoras que la acompañaban habian corrido algun peligro bañándose un dia en el lago, pero el susto y la emocion por él causada se disipó en seguida y no podian por lo tanto esplicarse el estado de marasmo y abatimiento en que poco á poco ví caer á mi pobre hija. Lo que me alarmaba sobre todo era la rapidez del mal: de dia en dia, y casi de hora en hora veia á Margarita debilitarse, apagarse, digámoslo asi sin dolores aparentes, sin proferir una sola queja, sin mostrar siquiera que sospechaba su estado... porque... hoy mismo, la sonrisa brilla de cuando en cuando en sus lábios... Sí, la pobre sonrie... pero se muere ¡Y yo.... yo busco en vano en mi ciencia, en mis libros, en la esperiencia de mi profesion, su cura ó al menos la causa de sus sufrimientos! ¡Ay! ¡Haber estudiado cuarenta años y no poder salvar á mi hija! ¡No poder otra cosa que calcular con funesto acierto los progresos del mal, ó prever antes que nadie el término fatal de su vida! Ya ese término ha llegado, Elena....

ELENA. ¡Oh! No me lo diga usted... ¡Por mas que usted lo asegure yo no puedo acabar de creerlo! ¡no! ¡Es imposible! Dios la salvará.

HOLBEIN. ¡Hija mia! Hace algunas horas que la existencia de tu hermana se estingue sin que ella misma lo conozca. Cuando se despierte del sueño en que se halla sumida en estos momentos, y merced á un cordial que para engañarme á mi propio la he suministrado, pero cuyos efectos solo la reanimarán por poco tiempo, su cabeza estará despejada, su corazon latirá dulcemente; á ella misma le parecerá que se reanima, como nunca creerá en el porvenir; y.... despues todo acabará. Este estado será la luz de la lámpara que despide sus últimos reflejos.

ELENA. ¡Ah! ¡Lléveme usted á su lado! ¡yo quiero verla! permanecer junto á ella! ¡Ese es mi puesto padre mio! Entremos.

HOLBEIN. (*Subiendo hácia la puerta de la derecha.*) Quiero antes ver si se ha despertado para prevenirla poco á poco de tu llegada... Se necesita tanto cuidado... Espérame aqui y sobre todo guárdate bien de llorar. Por Dios que no sospeche su situacion. Y si delante de ella no sabes cómo reprimirte, cómo ahogar tus lágrimas.... miráme á mi, Elena, mírame á mí y aprenderás. (*Váse.*)

ELENA. ¡Padre mio! Pobre Margarita! ¡Oh no te abandonaré, no me separaré un momento de tu lado! Y ahora que me acuerdo.... Enrique que debe venir que yo misma cité aqui, en esta casa, para que partiésemos juntos...

ESCENA IV.

ELENA, ENRIQUE.

ENRIQ. (*Dentro.*) Sí, el doctor Holbein, la señorita Elena.

ELENA. ¡Es él!

ENRIQ. (*Saliendo.*) ¡Elena! heme aqui fiel á la cita. Todas las órdenes de usted están ya ejecutadas. Desde ayer que llegué, he permanecido oculto en el parador de Inglaterra, pero todo está dispuesto para nuestro casamiento y para nuestra partida.

ELENA. ¡Dios mio!

ENRIQ. ¿Y usted ha hablado ya con su hermana Margarita? ¿Con el doctor Holbein? ¿Serán testigos de nuestra union?

ELENA. (*Con agitacion y mirando en torno suyo.*) ¡Imposible! Al menos en estos momentos...

ENRIQ. Pero Elena. La menor dilacion puede perdernos. Si mi padre nos ha hecho perseguir, reclamará como primer ministro del duque de Toscana al consejo de Zurich mi persona: sí, á mí, su hijo y súbdito del príncipe.

ELENA. A pesar de eso, Enrique, es necesario esperar.

ENRIQ. ¡Esperar! Y si para impedirme que me case con usted, con una artista, me encierran de nuevo en una prision como de la que su ingenio de usted

y su oro acaban de librarme : ¿qué será de nosotros, Elena, separados para siempre?

ELENA. ¡Oh! ¡Cállese usted! calle usted.... No hablemos mas de eso. Enrique, aunque tuviera yo que renunciar á la felicidad de mi vida, á la felicidad de ser su esposa de usted, no partiria en este momento.

ENRIQ. ¡Como!

ELENA. Como que mi hermana se está muriendo allí. (*Llorando.*)

ENRIQ. ¿Qué escucho?

ELENA. ¡Sí, Enrique; y mi hermana es mi vida, mi alma! ¡Oh! Hablar de amor cuando mi hermana se muere, es una blasfemia. Déjeme usted consagrarme á ella. Yo le comunicaré á usted de hora en hora todo lo que vaya ocurriendo.

ENRIQ. Tiene usted razon, Elena; lo conozco por mas que venga ese contratiempo á entorpecer nuestros deseos. Sí, volveré dentro de poco y sabremos... pero tengo que decir á usted antes dos palabras. Mi padre ha escrito á uno de mis amigos que al saber mi fuga el príncipe me habia quitado mis honores y hasta el mando de mi regimiento.... y que en cuanto á él me desheredaba.

ELENA. ¡Y yo soy la causa!

ENRIQ. ¿Qué nos importa? Escribiré á mi padre, le diré que nada espero de él, que no le pido ni aun su consentimiento...

ELENA. ¡Ah! ¡Usted no le escribirá semejante cosa, Enrique; al contrario, dígale usted que su consentimiento se lo pedimos, se lo suplicamos! Que lo aguardaremos en fin.

ENRIQ. ¿Que lo aguardaremos?

ELENA. Sí. Y que á pesar de su injusticia, nuestro respeto y nuestra sumision.... Además yo le ruego á usted que me enseñe luego esa carta. Quiero añadir yo misma en ella algunos renglones que.... ¿quién sabe si no desarmarán su enojo?

ENRIQ. ¡Ah! Elena, es usted un ángel. Sí, le traeré á usted esa carta y...

ELENA. No se detenga usted, ¡Enrique, amigo mio! ¡A Dios!

ENRIQ. Hasta luego. (*Le besa la mano y se vá.*)

ELENA. (*Mirando á la puerta de la derecha.*) ¡Siento pasos! ¡Margarita!

ESCENA V.

ELENA, HOLBEIN, MARGARITA.

HOLBEIN. ¡Mírala!
ELENA. ¡Hermana mia!
MARG. ¡Elena! ¡Es ella, padre mio, es ella.
HOLBEIN. (*Afectando calma.*) ¡Sí! ¡Ella es! ¿Qué hay de estraordinario en eso? ¡No te conmuevas tanto! ¡Es mi otra hija, la hija... pródiga que viene á pasar algunos dias en compañía de su familia! No creo que este sea un acontecimiento....
MARG. ¡Si, sí! Es un acontecimiento muy dichoso.
HOLBEIN. No digo que no precisamente... mas cálmate: alegrémonos tranquilamente.... y con sosiego, á bien que teneis tiempo de veros y....
MARG. Ciertamente. Pero no comprendo.... un gesto, una palabra, la menor emocion de mi parte..... cualquier cosa le hace temblar á usted. Casi estoy inclinada á tener miedo de...
HOLBEIN. ¡Como! ¡Qué idea! (*Riendo forzadamente.*) Miedo tú...
ELENA. (*Queriendo reir.*) ¿Y... de que?
MARG. Eso es lo que iba á preguntar á mi padre. Me siento animada, fuerte.... (*Apoyándose en el brazo de Elena al mismo tiempo que el otro lo tiene apoyado en el de su padre.*) ¡Soy tan dichosa en medio de ustedes, en familia! Henos al fin juntos.
HOLBEIN. (*Aparte con desesperacion.*) ¡Ay! (*Volviéndose repentinamente y con forzada alegría.*) Ya ves como yo decia bien, Elena, Margarita al despertar se ha sentido mucho mejor.
ELENA. ¡Y no se ha engañado usted padre mio!
HOLBEIN. (*Mirando á su hija con dolor*) ¡No, en nada!
MARG. ¿Por qué se miran ustedes de ese modo?
HOLBEIN. ¡Yo! ¿No quieres que mire despues de tanto tiempo que no la habia visto... á una hija que se ama.... que se adora, (*Enterneciéndose.*) y de la que será preciso separarse?
ELENA. Vaya, vaya, padre mio. Se enternece usted por...
MARG. Es verdad. ¡Han asomado lágrimas á sus ojos!

(*Señalando á Elena.*) y sin embargo, ella se queda con nosotros.

ELENA. Por todo el tiempo que tú quieras.

MARG. Entonces... siempre.

HOLBEIN. (¡Siempre!) Estaba pensando que... podiaís sentaros. ¿Eh, Margarita? ¿No te parece? ..

MARG. ¿Le fatigo á usted padre mio?

HOLBEIN. ¡Que! No hija: al contrario; sino que.... por si te cansabas...

MARG. ¡Ah! ¡Era por mi! Acabo de levantarme y además estoy apoyada en el brazo de Elena. Me siento tan bien así...

ELENA. (*A quien Holbein hace señas.*) Lo creo, hermanita, mas... como acabo de hacer un viaje.... ¿No hablariamos mejor sentadas en ese sofá?

MARG. Perdona, Elena mia. Me olvidé que tú estarás cansada y... mira si soy egoista. (*Conducida por Elena Margarita se sienta en el sofá. Holbein que ha pasado por detrás, toma furtivamente la mano á Elena.*)

HOLBEIN. (Gracias, Elena, me has comprendido.)

MARG. Deja que te contemple á mi gusto. Que bella estás!... no me sucede á mi lo mismo; pero ya me repondré y entonces... entonces iremos á Florencia, ¿no es verdad padre mio?

HOLBEIN. Ciertamente.

MARG. A Florencia á gozarnos en tus triunfos... de los cuales ya disfrutamos nosotros una parte. Ese aderezo que me has enviado y la opulencia que ya reina en esta casa... (*Bajo.*)

ELENA. ¡Calla por Dios! ¡No me sonrojes!

MARG. Bueno. Dejemos eso. Ahora tendremos tantas cosas que contarnos... yo sobre todo...

HOLBEIN. ¿Tú?

ELENA. ¿De veras?

MARG. Si, yo, que como no he podido escribir, ni apenas leer... Y además como mi padre, generalmente, y (*Sonriéndose.*) esto es muy justo, lee todas mis cartas... (*A Holbein que hace un movimiento.*) ¡Oh! no me quejo por eso.. mas ahora como otras veces... tu lo sabrás bien, Elena, se tienen ciertas ideas, ciertos secretos de jóvenes que no se pueden confiar á nadie... mas que á su hermana y...

HOLBEIN. (*Sonriendo.*) ¡Eso es decir que estorbo!

MARG. No por cierto, pero... apostaria que ya es la hora de que usted visite sus enfermos... ¿Qué hora es?

HOLBEIN. (*Con emocion.*) No lo sé.
MARG. ¿Pues... y ese reló ?
HOLBEIN. Me olvidé de dárle cuerda y... no tengo aqui tampoco el mio.
MARG. (*Mirando al reló que Elena trae pendiente de su cintura.*) Elena nos dirá... ¡ Las once !
HOLBEIN. ¡Las once !
MARG. Si. Ya estará usted haciendo falta. (*A Elena que se levanta.*) ¿ A donde vas?
ELENA. A dejar ahí este chal... este sombrero que me estorba. (*Bajo á Holbein mientras que se quita su chal y su sombrero que pone sobre la mesita de tocador que hay delante de la ventana*) Déjeme usted algunos minutos sola con ella.)
HOLBEIN. (*Bajo.*) (Es fuerza aprobar todo lo que diga ; prometerle todo lo que pida. Que su fin sea dichoso, entiendes? Lo quiero
MARG, ¿No vienes , Elena ? Que haces ?
ELENA. Héme aqui, hermana mia.
HOLBEIN. Os dejo solas: á vuestro gusto. Adios , hija mia.
MARG. Hasta luego.
HOLBEIN. (¡Oh! muy pronto volveré.) (*Márchase.*)

ESCENA VI.

MARGARITA. ELENA; *las dos sentadas en el sofá.*

MARG. (*Apoyando su cabeza en el hombro de Elena.*) Qué bien estoy asi! Como en los dias de nuestra infancia... mi cabeza apoyada en tu hombro y tu mano entre las mias! Oh! Tenerte á mi lado es desde luego un gran consuelo para mí.
ELENA. ¿Un consuelo? Eso es dárme á entender que tienes penas!
MARG. ¡ Sí! Penas muy grandes!
ELENA. ¡Cielos !
MARG. Penas que á nadie me habria nunca atrevido á confiar sin sonrojarme y que... y que he tenido que sufrir yo sola , siempre sola !... Este ha sido un tormento, un suplicio prolongado y cruel para mi. Mas ya te veo á mi lado y la idea de que tú me

ayudes á soportar mis pesares no me mortifica! Al contrario!

ELENA. ¡Habla pronto, hermana mia... (¡Oh! si esta fuese la causa de sus padecimientos!) Habla, pues, sin temor.

MARG. Sabes tú que Lady Asthol me llevó consigo al lago de Como?

ELENA. Tu padre me lo ha dicho.

MARG. Yo habitaba con ella y sus hijas una quinta deliciosa á la orilla del lago; y si tú esperimentases cuando el aire es abrasador el placer que se siente bañándose en aquellas hermosas aguas, tan frescas, tan cristalinas... Este era nuestro placer de todos los dias en un paraje cerrado por rocas de cincuenta á sesenta pies de altura, que se levantaban en semicírculo, de modo que por el lado de la orilla estaba al abrigo del sol...

ELENA. ¡Y de las miradas indiscretas!

MARG. Si. Delante de nosotras se estendia la inmensidad del lago, y un dia en que mis jóvenes compañeras me perseguian por un banco de ligera y finisima arena en el cual hacíamos pié, dejándome llevar del ardor de la carrera me adelanté tan temerariamente que de pronto faltó á mis plantas el terreno y desaparecí.

ELENA. ¡Oh!

MARG. Varias veces conseguí asomar á la superficie, pero me sentia cada vez mas lejos impelida por las aguas . Sin auxilios, sin esperanza alguna. Resignada á mi suerte, mis últimos pensamientos eran para tí, hermana mia, y para mi padre.... cuando.... en las cimas de las rocas apareció una persona atraida sin duda por los gritos de dolor que lanzaban mis amigas..... Yo le ví arrojarse al lago, sentí como una masa que caia en el agua.... Despues no ví ni pude oir ya nada. Habia perdido el conocimiento. Cuando volví en mí, casi desnuda y temblorosa, hirieron mis oidos las voces de. . «Salvada! salvada! Sentí que me llevaban corriendo en brazos y que se dirijian hácia donde estaban mis compañeras.. Era un jóven, un oficial que pálido y sucumbiendo á la fatiga parecia faltarle poco para caer desmayado y que me repetia sin cesar... No tema usted nada señorita, se ha salvado usted!

ELENA. Pobre hermana mia!

MARG. Pero... cuando se disipó en mí la turbacion y el terror

de aquel primer momento, cuando mas tranquila repasé en mi memoria todos aquellos recuerdos... no puedo pintarte el encendido rubor que cubrió mi rostro, la vergüenza, hasta la desesperacion que se apoderó de mí... Aquel jóven... que de tal modo me habia salvado así en sus brazos... era mi libertador... y sin embargo, lejos de sentir gratitud hácia él... lo que yo esperimentaba era despecho .. casi una completa aversion... yo hubiera querido sobre todo no haberle vuelto á ver. Juzga de mis tormentos y de mi confusion, cuando á la mañana siguiente lo ví entrar en la quinta.. Afortunadamente no iba á permanecer en Cómo mas que hasta el otro dia... Dijo que no queria partir sin saber de mi estado... Yo... balbuciente y temblando apenas le pude contestar... no me atrevia á levantar los ojos... y debo confesar que, tomando sin duda en cuenta mi turbacion... sus miradas no se fijaron en las mias, y evitó el volverme á dirigir la palabra sin procurar al mismo tiempo saber quién yo era ni el nombre de la que habia salvado... Ah! Cuánto le agradeci su reserva! Entonces me aventuré á observarle sin que él lo notase: era un pobre oficial bien modesto, pero ¡qué aire tan bondadoso! ¡Que fisonomía tan distinguida! Se despidió de nosotros y.., al dia siguiente y todos los dias, en fin, ya no pensaba... mas que en él.

ELENA. Es posible?

MARG. Oh! A nadie, á nadie en el mundo se lo hubiera confesado; pero á tí, hermana mia...

ELENA. Estás fatigada!

MARG. No! El hablar de él me reanima, me hace un inmenso bien .. ¿No lo conoces?

ELENA. De veras? Oh! entonces habla.

MARG. Pues bien. La imágen de ese hombre no se apartaba un momento de mi memoria! Era el sueño de mis dias y de mis noches. Yo le amaba, Elena... Y en mis proyectos de jóven y de soltera me decia á mí misma... Despues de lo que ha pasado, no puedo pertenecer á nadie sino á él. El deber, el pudor me lo prescriben... Será mi esposo... ó no me casaré nunca.

ELENA. Tenias razon. Pensabas muy justamente.

MARG. ¿No es cierto? Pues bien... Creerás que desde aquel instante... ni un recuerdo... ni la menor huella de ese hombre... Al contrario, una indiferencia, un olvido completo. Y yo que tanto habia temido su presencia me

decia despues á mi propia, que era muy injusto que él me hubiese olvidado, que me hubiese desdeñado así! Que generalmente se ligaba uno á las personas por los mismos servicios que se les habian hecho, y por lo tanto él me debia algun afecto; algun amor quizá... Te lo diré, en fin! Una idea mas absurda aun, una esperanza loca vino á apoderarse de mi pobre cabeza..! Pero que loca y todo es una esperanza que renace cada dia, y que al pasar cada dia tambien me abate y me mata lentamente. Yo me imaginaba... yo me imagino, ó mas bien, sueño con frecuencia que ese jóven ha descubierto mi nombre y mi morada! Que le veo aparecer ante mis ojos.. que se presenta para decirme... Yo la amo á usted, y para pedirme á mi padre por esposa. (*Viendo aparecer á la puerta á Enrique y dando un grito.*) Ah!

ESCENA IV.

ENRIQUE *saliendo por el fondo con una carta en la mano.* ELENA *en el sofá á la derecha con la espalda vuelta al fondo y sin haber visto aun á Enrique.* MARGARITA *sentada en el sofá al lado opuesto.*

ELENA. (*Asustada y acudiendo á Margarita que acaba de desmayarse.*) ¡Margarita! ¡Hermana mia! ¡Que crisis tan repentina!

ENRIQ. *Que se ha adelantado hácia la mesa á la izquierda y á media voz á Elena.*) Soy yo, Elena, aqui traigo la carta para mi padre.

ELENA. (*Vivamente.*) ¡Oh! ¡Luego! ¡Mas tarde! Ahora es imposible. Déjela usted ahi. (*Haciéndole señas para que deje la carta sobre la mesa.*) Su última hora se acerca. Espere usted en este cuarto. (*Le indica la puerta izquierda del segundo término. Enrique deja la carta sobre la mesa de la izquierda y se retira por el mismo lado á la habitacion.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA. ELENA.

ELENA. (*Haciendo respirar á Margarita un frasquito de éter que trae consigo.*) ¡Margarita! ¡hermana mia! ¡Ah! ¡Ya abre los ojos! no era mas que un esceso de debilidad sin duda...

MARG. ¡Oh! (*Pausa.*) ¡Que bien empiezo á sentirme! ¡mi sangre circula! (*Llevándose la mano al corazon.*) Se agolpa aquí con violencia... ¡Mira como late!

ELENA. ¿Sufres mucho?

MARG. (*Animada y alegre.*) No, no... ¡Al contrario! me reanimo y... ¿No sabes hermana mia? Le hé vuelto á ver al fin!

ELENA. ¿Que dices?

MARG. Es él... es él... ¡Estoy segura!

ELENA. ¡El! (*Adivinando.*) ¡Cielos!

MARG. Le hé visto entrar hace un instante... con una carta en la mano...

ELENA. (*Con desesperacion.*) ¡Enrique! ¡Dios mio! (*Ap.*)

MARG. (*Con ansiedad y mirando á todos lados.*) Sería un sueño de mi deseo? ¡Ah, no! ¡era verdad! (*Mirando con alegría á la mesa.*) ¡Era cierto! ¡he ahí sobre esa mesa la carta que él ha dejado! (*Se levanta del sofá y procura vacilante dirigirse hácia la mesa.*)

ELENA. (¡Oh, como impedir!...)

MARG. (*Que ha llegado hasta cerca de la mesa coge la carta y esclama con alegría,*) ¡Ya la tengo! (*Rendida por este esfuerzo vuelve á caer sentada en el sillon que hay puesto en la mesa.*)

ELENA. (*Acudiendo á ella por el otro lado de la mesa.*) ¡Pero tú te pones peor! ¡Tus fuerzas te abandonan!

MARG. No, no. Aun conservo bastantes... (*Abre la carta.*) Pronto. ¡Leámosla!

ELENA. (Todo se ha perdido.)

MARG. ¡Oh! ¡Léala yo y muera despues si es preciso! (*Con desesperacion.*) ¡No puedo! ¡No puedo! Apenas distingo nada! ¡Un velo cubre mi vista!

ELENA. Es muy natural... La debilidad... y sobre todo la emocion... (¡Que haré para no matarla diciéndole la verdad!)

MARG. (*Impaciente.*) ¡Lee tú! ¡Pronto, lee tú misma!

ELENA. (*Coje vivamente la carta.*) ¡Dámela hermana mia! (*Ap.*) ¡Dios mio! ¡Inspírame! ¡Contradecirla sería un asesinato!

MARG. ¿Y bien? ¡Empieza! ¡Oh! ¡tu tardanza es un suplicio!

ELENA. (*Recorriendo la carta.*) Déjame el tiempo siquiera de...

MARG. ¡El tiempo! ¡Ah! ¿sabes si me quedará el de escucharte?

ELENA. (*Fingiendo leer.*) «Señorita,... desde el dia en que tuve la dicha de... de salvarle á usted la vida, mi corazon. . ¡es suyo!

MARG. (*Con júbilo llevándose la mano al corazon.*) Ah!!!

ELENA. ¿Qué tienes?

MARG. La calma que vuelve á mi pecho... y la vida tambien. ¡Prosigue! ¡prosigue!

ELENA. (¡Que martirio!) (¡Engañarla yo!)

MARG. Continúa.

ELENA. (*Figiendo leer.*) «Sí... si hasta ahora no me he atrevido á presentarme en su casa... en casa de su padre de usted, ha sido por... porque siempre que me hé presentado ante sus ojos de usted, he creido notar en ellos una indiferencia... hácia mí... y un cierto alejamiento que me impedian decirle... ¿¡Yo la amo!

MARG. ¿Es posible? ¡Oh! sí, sí: tú sabes cual era la causa. Ahora comprendo... ¡acaba por piedad!

ELENA. «Prométame usted, no revelar á nadie este secreto que confio á usted temblando...

MARG. ¡Oh! á ti sí, tú eres yo misma

ELENA. «Y sino escita su enojo de usted, si usted me permite aspirar á su mano!...

MARG. ¿Qué te decia yo? ¡Mis sueños que van á cumplirse! ¿Pero vamos, qué te detiene?

ELENA. Tú que me impides acabar. (*Lee.*) «Si usted me permite aspirar á su mano! (*Viendo aparecer á Holbein á la puerta del fondo.*) ¡Cielos mi padre!

MARG. ¿Qué has hecho? (*Arroja vivamente la carta en la chimenea que está cerca de ella.*)

ELENA. (*A media voz.*) ¿No has visto que te encarga el secreto?

MARG. ¡Sí; pero quemar su carta!... ¡Yo hubiera querido guardarla, verla!

ESCENA IX.

MARGARITA, ELENA, HOLBEIN, *saliendo por la puerta del fondo.*

HOLBEIN. (¡La hora se acerca! Ya nada espero.) Soy yo, hijas mias. No me habeis enviado á llamar y... tuve miedo de que... fuese necesaria mi presencia. ¿Qué tal vá?

MARG. Muy bien, padre mio, muy bien.

ELENA. ¡Oh! sí.

HOLBEIN. (*Bajo á Elena.*) No, alguna emocion sin duda ha puesto su tez mas animada y sus ojos mas brillantes, pero eso es la fiebre que se declara.... te sientes con un poco de opresion, ¿no es cierto? (*A Margarita.*)

MARG. (*Levantándose.*) Sí.

HOLBEIN. (*A Elena bajo.*) Ya lo ves. (*Alto.*) Eso no será nada, hija mia, eso no será nada.

MARG. Y sin embargo, la atmósfera que aqui reina es pesada. ¡Quiero respirar el aire libre, ver el sol! (*Señalando la ventana.*) ¡Mire usted como brilla! Hace tanto tiempo que no he ido á visitar mis flores..... Venga usted, padre mio. Vamos al jardin.

HOLBEIN. ¡No tendrás fuerzas para eso!

MARG. Apoyada en usted y en mi hermana... sí, porque me siento...

HOLBEIN. ¿Qué?

MARG. Dichosa.

HOLBEIN. Gracias á la presencia y á la conversacion de tu hermana.

MARG. Sí, padre mio. (Si le encontráramos...)

ELENA. Yo iré á reunirme á ustedes en seguida. (*Con intencion á Margarita.*) Con eso si viene alguien mientras podré recibirlo...

MARG. ¡Sí, es posible! Es seguro que vendrá alguno.

HOLBEIN. ¿Quién?

MARG. Nada padre mio, es un secreto... cierto asunto entre mi hermana y yo... vamos...

HOLBEIN. Como tú quieras. (*Se van por el fondo.*)

ESCENA X

ELENA, ENRIQUE.

ELENA. ¡Oh! ¡El cielo ha venido en mi auxilio! Si ella hubiera leido esa carta... la verdadera! ¡Se hubiera muerto en el acto, y hubiera sido yo, su hermana, la que hubiera abreviado los pocos instantes que le quedan! ¡Enrique! (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*) ¡Enrique!

ENRIQ. (*Saliendo.*) ¿Y bien? ¿Qué ocurre? Su hermana de usted... la pobre enferma...

ELENA. Por un instante he tenido alguna esperanza... Mi padre no conserva ninguna ya... y este dia será el último para ella.

ENRIQ. ¡Cielos!

ELENA. Usted sin embargo, amigo mio, deje usted esta casa, aléjese usted.

ENRIQ. ¿Alejarme cuando la veo á usted presa de tales inquietudes? ¿Quién la ayudará á usted á sufrirlas? ¿quién la consolará?

ELENA. ¡Oh! su presencia de usted, Enrique, no haria mas que aumentarlas terriblemente... Porque... porque mi pobre hermana Margarita no es para usted una persona desconocida.

ENRIQ. ¿Cómo?

ELENA. Mi pobre hermana es aquella jóven á quien usted salvó la vida hace dos meses en el lago de Como y que desde ese tiempo se muere de amor por usted.

ENRIQ. ¡Por mi! (*Sonriendo.*) No, no, Elena. La han engañado á usted sin duda.

ELENA. Enrique, yo no la acuso: á mi me sucederia lo mismo; yo tambien daria la vida por usted Asi pues.... no crea usted un solo instante que yo esté

celosa. Los celos no pueden nacer entre ella y yo... Pero... pero... yo he querido que hoy, el último de sus dias, fuese un dia dichoso para ella, y alimentando su error yo la he dicho... la he dicho que usted la amaba. Sí. Y si hubiera encontrado para ella otra felicidad mas deseada, por grande, por inmensa que fuese, tambien se la hubiera hecho creer. Ya comprende usted, Enrique... que su presencia de usted aqui aumentaria el peligro de mi hermana y seria un conflicto para mí y para usted mismo quizá...

ENRIQ. Tiene usted razon.

ELENA. ¿Con que... Partirá usted? ¿Dejará usted en seguida este pueblo ó al menos se ocultará usted de todo el mundo?

ENRIQ. Eso es imposible, Elena.

ELENA. ¿Por qué?

ENRIQ. Porque hace pocos instantes he recibido una carta de desafío.

ELENA. ¡Cielos! Tal vez algun oculto enemigo..

ENRIQ. No, ciertamente. Pone su firma y es una firma conocida en toda Italia, un nombre de gran valor... Mr. Bermon el banquero.

ELENA. ¡Dios mio!

ENRIQ. Que por distraccion sin duda ó costumbre se ha firmado Bermon y compañía. Pero el contenído de la carta es mas original aun que la firma, y si no fuera su capacidad bien conocida, me hubiera hecho creer que estaba loco á juzgar por el desorden de su carta. (*Lee.*) «Caballero, desde hace una hora que estoy de centinela, le he visto á usted entrar dos veces en casa del doctor Holbein. Usted es jóven, usted es buen mozo... y por lo tanto le pido una satisfaccion y le ruego me espere en casa del doctor á donde iré dentro de breves instantes.»

ELENA. ¡Calle! Y ahora que recuerdo... Ya creo comprender... pero no quiero que usted se bata, Enrique... y sobre todo con un insensato semejante.

ENRIQ. Y yo, Elena, no quiero dar á un hombre de honor, por insensato que sea, el derecho de creerme un cobarde. Es necesario una esplicacion y voy á buscarle

ELENA. ¡Usted no saldrá!

ENRIQ. Pero Elena.., reflexione usted.

ELENA. (*Mirando al fondo.*) ¡Ah! Tiene usted razon, Enri-

que, váyase usted. Ya es demasiado tarde. ¡Margarita!

ESCENA XI.

Dichos. MARGARITA *apareciendo á la puerta del fondo apoyada en el brazo de* HOLBEIN.

HOLBEIN. ¿Ves lo que te decia? Este paseo era demasiado grande.

ELENA. (*Asustada corriendo hácia su hermana.*) ¡Cómo! ¿qué sucede?

HOLBEIN. Margarita que está á punto de desmayarse.

MARG. ¡Ah! (*Viendo á Enrique y estremeciéndose.*).

HOLBEIN (*Con terror.*) ¿Lo ves?

MARG. (*Vivamente y reanimada.*) No padre mio. Al contrario. Me siento como nunca.

HOLBEIN. ¿Como nunca? Creo, en efecto, que respiras mas libremente, que.. No comprendo esta alteracion inesperada... (*Volviéndose.*) ¿Un desconocido? Perdone usted caballero. A quien tengo el honor de...

ELENA. Al duque de San Miguel, al hijo del primer ministro del gran duque de Toscana. (*Movimiento de Margarita y Holbein.*)

ESCENA XII.

Dichos. BERMON, *que al salir oye estas últimas palabras.*

BERMON. ¡Bien! Me alegro, señorita, de saber por usted su nombre y sus títulos.

HOLBEIN. ¿Eh? ¿Que se le ofrece á usted caballero?

BERMON. El doctor Holbein... ¿Estoy en su casa, no es verdad?

HOLBEIN. Yo soy. (*Elena sube la escena observando lo que pasa y se queda á la derecha.*)

BERMON. En hora buena. Su profesion de usted no nos será inútil... y se le pagarán á usted dignamente sus cuidados por mí... ó por el señor, porque vengo á buscarle para batirme con él.

MARG. ¡Batirse! ¿Qué significa esto? ¡Batirse!

HOLBEIN. Tranquilízate, hija mia.

MARG. ¡Oh! ¡padre mio, yo no quiero que se batan!

BERMON. Siento no poder complacer á usted señorita. Es preciso, indispensable... á menos que el señor duque no me esplique el motivo que le trae á esta casa.

HOLBEIN. ¡Cómo! ¿A la mia?

ENRIQ. (*A Bermon.*) Basta que usted lo exija, caballero, para que yo rehuse terminantemente el decirlo.

BERMON. ¡Salgamos!

MARG. ¡No! ¡Jamás! Yo lo diré, yo lo diré entonces.

HOLBEIN. ¡Tú!

MARG. Este caballero me ama y ha venido á pedirme á mi padre por esposa.

TODOS. ¡Cielos!

HOLBEIN.
BERMON. } ¿Es posible?

ELENA. (*Bajo á Enrique.*) (¡Ah, diga usted que sí, diga usted que sí por Dios! ¡en ello va su vida!)

ENRIQ. (¡Oh!) (*Pausa.*) Señor doctor. Por brusco, por inusitado que pueda parecer... (*Turbado.*) á usted semejante paso... lo escusará sin duda y aun lo lejitimará, la posicion en que todos nos encontramos. Sí, señor doctor, vengo á pedirle á usted la mano de su hija.

MARG. (*Arrojándose en los brazos de Holbein.*) ¡Padre mio! *Admiracion en todos. Elena estrecha la mano de Enrique para darle gracias. Cáe el telon.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En Florencia y en casa de Elena; un gabinete muy elegante. Vasos de flores colocados sobre todas las mesas. Puerta al fondo, dos puertas laterales á la izquierda, en primer término un sofá, á la derecha una mesa con escribanía, papel, etc.

ESCENA PRIMERA.

BERMON, UN CRIADO.

BERMON. (*Saliendo por el fondo al criado que está arreglando la habitacion.*) Tu señora no se ha levantado todavia! Es natural. Anoche cantó la Ana Bolena, y necesitará descansar. (*Mirando á su alrededor.*) Bien se conoce que estamos en Florencia, en la ciudad de las flores! Cuántos ramos! Todos los que le arrojaron anoche sin contar dos cestas llenas de coronas que hay en la antesala y entre las cuales he reconocido las mias! (*Paseándose con agitacion.*) Tu señora... es probable, no se levantará hasta las diez ó las once y son las nueve, y á las nueve y media tengo cierto negocio.... es decir, dos... imposibles de aplazar. Quiero escribirle; (*Al criado.*) Es admira-

ble (*Le da una moneda de oro: el criado se apresura á disponer en la mesa todo lo necesario para escribir.*) como me quieren todos en esta casa.... escepto ella.... Bien, déjame. «Usted trastorna mi vida, usted turba mi reposo, y yo sin embargo he respetado el suyo.» (*Hablando.*) Pues es muy bonita esta frase. Ay! estoy seguro que ni reparará al leerla. (*Escribe.*) «Habria dado cuanto hay en el mundo por ver á usted hoy por la mañana, aunque no fuese mas que un instante porque. ..» (*Hablando.*) Tres puntos. (*Escribe.*) «Porque es posible que ya no la vea á usted jamás. No importa, duerma usted bien. Yo voy á batirme. Usted ha cambiado completamente mi carácter; yo, el mas pacífico de los banqueros, yo, tranquilo y pesado como mis escudos, me he vuelto impaciente y colérico.» (*Hablando.*) Es verdad, he llegado á ponerme insoportable..... segun dicen mi cajero y mis dependientes. (*Escribe.*) «Ayer mismo, antes de salir á la escena, me trató usted tan mal, que hubiera querido en mi furor buscar riña á todo el mundo Por dicha lo conseguí bien pronto. Al sentarme en una luneta me hallé al lado con un entusiasta, con un fanático que entusiasmado al oirla á usted cantar no hacia mas que dar voces y palmadas Esto me irritó la bilis sin saber por qué y le provoqué en el acto. Al segundo intermedio y al volver al escenario vi allí á un ignorante, á un bárbaro que no tenia reparo en criticar su persona y su talento de usted y.... tambien le he desafiado. Solo me resta ahora manifestar á usted que para el caso que me sucediese una desgracia, he dispuesto en favor de usted de todos mis bienes y de toda mi fortuna. Dígnese usted, si aquello acontece, aceptarla de un amigo, que en agradecimiento á ese favor no la importunará á usted mas. Bermon y compañia. (*Toca la campanilla: el criado sale.*) Ven aqui; Entregale esta carta á tu señora.... pero no en este momento. (Aun no se ha levantado y seria ocasionarle una impresion....) Mas tarde, cuando le sirvas el chocolate.... (No, no, podria hacerle daño...) mejor será despues. Entiendes? (*El criado saluda y se va.*) Tener que irme precisamente á las nueve y media.... Cielos! qué fortuna! Es ella! Mentira me parece que por primera vez he llegado en buena ocasion. (*Saca el reló, lo mira y vuelve á guardarle.*)

ESCENA II.

ELENA, BERMON.

ELENA. (*Saliendo por la puerta izquierda y hallando con una doncella.*) Sí, sí; aunque muy fatigada cantaré hoy por la mañana en su concierto, díceselo de mi parte, y además, entrégales por mi suscricion el bolsillo que está sobre la chimenea de mi cuarto. (*La doncella se vá.*)

BERMON. (*Adelantándose tímidamente.*) El concierto á beneficio de los huérfanos po...

ELENA. (*Volviéndose*) ¡Calle! ¿Ya está usted aqui caballero? ¿A las nueve de la mañana?

BERMON. (*Sin escucharla.*) ¡De los huérfanos pobres! ¡Oh! Muy bien. Elena, muy bien acaba usted de hacer una buena accion...

ELENA. Muy natural: siendo yo huérfana como soy debo interesarme, por los que puedo llamar mis hermanos.

BERMON. ¿Y el concierto es á las doce? Aunque no me gusta la música tendria un placer en poder asistir.

ELENA. ¿Quien se lo impide?

BERMON. Dos negocios... de los cuales, cualquiera de ellos bastaria para estorbármelo Pero... yo procuraré, se lo prometo á usted: de todas veras, yo haré cuanto me sea posible por conseguir el oirla á usted en ese concierto.

ELENA. Eso sería una honra para nosotros. Y... se dignará usted decirme ahora, qué me procura tan demañana su vista? (*Viendo á Bermon que la mira algun tiempo silencioso y con amor.*) Responda usted.

BERMON. En primer lugar he querido verla. Me era necesario Perdone usted, ya lo hice La he visto á usted y héme ya contento. No, no, paso á lo segundo. Le traigo á usted noticias de una persona que le interesa.

ELENA. ¿De Margarita? ¿De mi hermana?

BERMON. Precisamente. Hace quince dias envié á uno de mis

dependientes á Ginebra para un asunto comercial urgentísimo... y le mandé que pasase por Zurich.

ELENA. ¡Por el camino mas largo!

BERMON. Que importa? La ví á usted tan triste cuando se vió obligada á dejar á su hermanita...

ELENA. Sí, bien á mí pesar. Pero mi compromiso, mi contrato me llamaban á Florencia...

BERMON. Lo cual me volvia loco de gusto, y á usted la ponia furiosa... porque sobre mi siempre es sobre quien recaen sus contrariedades de usted, sus impaciencias, sus iras!

ELENA. (*Con bondad y ap.*) (¡Pobre hombre, tiene razon!) (*Alto dándole la mano.*) Perdone usted.

BERMON. No; no hay de qué: ¡si á mí no me ofende eso! ¡Al contrario!

ELENA. ¡Al contrario!

BERMON. Voy á esplicárselo á usted. Cuando fria é indiferente apenas fija usted en mí sus ojos, digo para mis adentros. «¡Ay! Elena piensa en un rival dichoso! Pero cuando la veo á usted furiosa colmándome de desdenes, irritada... entonces me digo... ¡Que fortuna!

ELENA. ¿Que fortuna?

BERMON. Sí. Que fortuna. ¡Ahora piensa en mí, estoy seguro!

ELENA. ¡Oh! ¡Caballero! ¡Usted pone á prueba mi paciencia!

BERMON. Va usted á darme motivo para que me repita la última reflexion?

ELENA. (Vamos es una roca.) Pero... ¿Y las noticias? Las noticias que venia usted á darme con tanta eficacia...

BERMON. Son las siguientes: la mejoria que poco á poco y muy lentamente se declaró en su hermana de usted ha hecho de pronto admirables progresos. Margarita se encuentra ya con entera salud.

ELENA. ¡Oh! *(Alegre.)*

BRRMON. Ha recobrado todas sus fuerzas y dicen que está mas alegre, mas hermosa que nunca... con grandísimo placer del doctor Holbein que ha quemado todos sus libros de medicina haciendo una candeleda de pura alegría.

ELENA. Justo. Es lo mismo que ya me ha escrito mi padre. Todas las cartas que he ido recibiendo ha seis semanas me hacian presentir tan agradables nuevas y... Enrique... ¿El futuro..?

BERMON. Mi dependiente, á quien el doctor obligó á quedar

se allí á comer, y que por lo tanto ha visto á toda la familia reunida, dice que ha encontrado al jóven duque algo desmejorado. No tenia aquella jovialidad, aquella alegria... de un novio cerca de su prometida. No porque no demostrase de contínuo el estar muy galante y muy amable con ella... sino... porque tenia cierto aire de tristeza y de inquietud.

ELENA. (*Ap.*) ¡Pobre Enrique! ¡Ya lo creo! en la crítica situacion en que le he dejado y en que se vió por mí en la necesidad de colocarse...

BERMON. Cierto es tambien, que si estaba cabizbajo y sombrio no era sin motivo...

ELENA. ¿Eh? Pues que causa...?

BERMON. El doctor viendo á su hija restablecerse de dia en dia, habló por fin de la boda. Esto era consiguiente.

ELENA. (¡Que apuro para Enrique!)

BERMON. La novia no deseaba otra cosa. Tambien era consiguiente esto.

ELENA. (Como habrá eludido...) ¿Y bien?

BERMON. Y bien el mismo futuro, el duque de san Miguel, presa de una confusion y de una contrariedad estremada, se ha visto obligado á confesar, que apesar de su amor, ese matrimonio no podia verificarse porque su padre el primer ministro se oponia decididamente á ello.

ELENA. (Ah! Bravo!)

BERMON. Así pues, para intentar el consentimiento de ese padre inflexible, se decidió en consejo de familia que en esta semana el jóven duque dejaria al doctor y su hija...

ELENA. ¡Perfectamente!

BERMON. Y vendria á Florencia... donde estará si no yerro en mi cálculo hoy ó mañana.

ELENA. Es el partido mejor que pudieran adoptar.

BERMON. ¿No es cierto? Máxime estando yo aquí.

ELENA. ¿Eh?

BERMON. ¡Pues! ¡Yo! Banquero de la córte... tengo bastante influencia con el ministro, con el príncipe mismo...

ELENA. ¿Que dice usted?

BERMON. Y sobre todo, cuando el gobierno necesita como en estos momentos de un empréstito que está en mi mano realizar... En fin ayudaré á los novios, hablaré por ellos y...

ELENA. ¿Usted? (No me faltaba mas que esto) quien le manda á usted mezclarse...

BERMON. (*Dándose una palmada en la frente.*) Es verdad, me pongo á formar proyectos, como si estuviera seguro de que mañana... esta noche quizá...! (*Mirando su reló.*) Aun tengo algunos minutos para hablar con usted.

ELENA. ¡Oh!

BERMON. Y los aprovecharé para participarla cierta sospecha... Desde nuestro regreso á Florencia á donde he venido acompañándola á usted... de lejos, como fuí á Zurich, la he visto á usted sola... siempre sola... Espío, acecho por mí ó por mis agentes que dia y noche forman un doble círculo en torno de su calle de usted y de su casa y... ninguno, ni aun yo mismo, he podido descubrir á ese galante y lindo caballero, á ese rival con quien usted me habia amenazado. Nadie lo ha visto ni imagina quien pueda ser.

ELENA. (*Riéndose.*) ¿De veras?

BERMON. De veras. Y sin embargo, segun usted me dijo.... usted le amaba, él la adoraba á usted, usted debia casarse con él y..... gracias al cielo está usted soltera. Asi es, que en vista de eso... se me ha ocurrido una idea, una duda, un rayo de luz.... y es... que usted me habia engañado.

ELENA. ¿Yo? (*Sonriendo.*)

BERMON. Sí, engañado por fortuna mia y... que ese rival no existe.

ELENA. Usted se hace ilusiones Mr. Bermon; existe y esta noche será mi esposo.

BERMON. ¡Bah!

ELENA. ¡Calle!

BERMON. ¡Bah! ¡Eso es alguna otra (*Sonriendo.*) sorpresa que usted me prepara!...

ELENA. ¡Me gusta! Jesus, tiene usted un aire de incredulidad y de... hasta me pone usted mala de los nervios Pues bien, caballero, acabemos de una vez, y ya que me obliga usted á revelarle...!

BERMON. (*Sacando el reló y dando un grito.*) ¡Ah! ¡la media! Ya estaré haciendo falta, perdone usted, no puedo concederla ni un minuto mas. (*Se vá vivamente por el fondo.*)

ESCENA III.

Elena *sola.*

¿Pero se le ha vuelto el juicio? Echa á correr y me deja de improviso con la palabra en la boca, justamente cuando iba yo á dar el último golpe á sus locas esperanzas! A fé que ya deberia haberlo hecho, porque cada dia ese hombre se pone mas original.... por no decir mas desatinado y.... hasta ha llegado á inspirarme inquietud. Su cabeza no está en caja. Dice unas cosas... Sus facciones se contraen á veces de tal modo... ¿Y yo seria la causa? ¡Pobre hombre! Tan obsequioso, Tan buen amigo... ¡Pero la culpa es suya! ¿No le he hablado francamente? ¿No le he confesado que amo á otro? ¡Sí, Enrique, á tí, á tí solo! Tú eres mi único amor! ¡Si vieras con qué impaciencia, con qué tierna inquietud espero tu llegada! ¡con qué vivo deseo!

ESCENA IV.

Elena, Enrique, *apareciendo en la puerta del fondo.*

Enriq. ¡Elena!

Elena. ¡Enrique! (*Corriendo hácia él.*) ¡Oh! al fin le veo á usted á mi lado... y con buenas noticias...

Enriq. Sí, sí. Ya nada hay que temer. Margarita su hermana de usted se ha salvado!

Elena. (*Alegre.*) ¡Y está completamente restablecida y mas fuerte y mas bella que nunca! ¡Ya ve usted como lo sé! Y no por usted ciertamente, porque usted

apenas me ha escrito. . ¡y cuando lo ha hecho eran sus cartas tan insignificantes!

ENRIQ. No me ha sido posible otra cosa. Margarita que á todas horas piensa en usted, Margarita que la adora á usted mas que nunca, estaba allí, siempre á mi lado en pié viéndome escribir.... y no permitia enviase al correo una sola carta, sin añadir ella al pié algunos renglones, algunas palabras....

ELENA. ¡Fiel espresion de la amistad mas pura, del mas tierno cariño! Lo sé, amigo mio. Lo sé... y yo seria muy injusta si le reconviniese á usted, cuando por mi sufria usted tan penosos momentos, tan enojosa esclavitud. Conozco todos esos pormenores por Mr. Bermon.... banquero de la córte... ó mas bien por su dependiente.

ENRIQ. Mr. Verner, enviado por él.

ELENA. Que ha sido testigo de la situacion embarazosa en que usted se encontraba, y la cual yo sola podia apreciar en toda su estension. ¡Pero Dios mio! (*Mirándole.*) ¡Qué cambio noto en todas sus facciones de usted! Es usted ahora, Enrique, quién está enfermo? ¿quién padece quizá?

ENRIQ. No, no. Ya he dejado aquella casa, la veo á usted, respiro libremente... pero si usted supiera las contrariedades y los tormentos que he sufrido en estos dos meses!

ELENA. ¡Los comprendo amigo mio! ¡Los comprendo! Pensar que aquella pobre jóven, apenas vuelta á la vida caeria como herida de muerte si una palabra de usted, si un gesto de impaciencia ó de frialdad destruia su error...

ENRIQ. No es eso únicamente, Elena, sino... la confianza que ella tenia en mí, la certeza de mi amor, aquel abandono de todos los instantes y.... ¡El padre sobre todo! ¡El padre! Este era el mas terrible. Ese tenaz doctor me rodeaba de tantas atenciones, de tantos obsequios... de tantas caricias que me abrumaba, me ahogaba por decirlo asi. ¡Yo era su héroe, su Dios, su todo! Habia salvado la vida á su hija y... la tenia siempre á mi lado. ¡A todas horas!

ELENA. ¡Pobre padre!

ENRIQ. Hasta nos dejaba solos confiando ciegamente en mi lealtad. ¡Oh! ¡Bien podia hacerlo!

ELENA. De modo que habria (*Sonriendo.*) momentos, en que se arrepentiria usted de haber sido tan compla-

ciente para conmigo.

ENRIQ. ¡Cierto! Y si hubiera podido huir... Pero usted me mandaba que me quedase! ¡usted lo exigia!

ELENA. Yo le condenaba á usted (*Riendo.*) pobre Enrique, á un papel bien triste y enfadoso. Pero dígame usted ahora... lo dificil, lo terrible del caso. ¿Cómo se ha arreglado usted antes de partir... para hacerles segun le previne á usted, la confesion de que todo era una mentira?

ENRIQ. ¿La confesion? (*Turbado.*)

ELENA. Usted la habrá hecho poco á poco, preparándolos con maña, con delicadeza...

ENRIQ. (*Vacilando*) Yo....

ELENA. ¿O lo ha declarado usted todo de repente?

ENRIQ. No. Le diré á usted con franqueza que... he dudado mucho tiempo, y... y que en fin...

ELENA. En fin...

ENRIQ. He venido para pedirle á usted su apoyo, para que me preste usted valor, Elena; porque cuando pensaba en hablar, me parecia ver ya la indignacion del doctor asomar á su frente pálida, ver sus lábios temblorosos, sus manos levantadas para maldecirme! Y.. ¿y Margarita? Confesarle que durante dos meses es juguete de una impostura... No, no. Yo no sé como se rechaza un amor...

ELENA. ¿Que uno no siente? Eso me sucede á mi todos los dias. Y si necesita usted, amigo mio, que yo le dé lecciones...

ESCENA V.

DICHOS, *un* CRIADO.

CRIADO. Mr. Bermon el banquero.

ELENA. ¿Eh? Aprenda usted de esta que se nos proporciona. Dile que estimo su constante deseo de verme, pero que hoy me es imposible el recibirlo. Si vuelve mañana, que no estoy en casa, déjanos. Vé usted que fácil (*A Enrique.*) es esto? Ya creo que habrá us-

ted aprendido la leccion. ¿Y bien? (*Al criado.*) ¿No le llevas mi respuesta?

CRIADO. Al momento, señorita. Pero esta mañana cuando vino, me entregó para usted esta carta.

ENRIQ. (*Cojiéndola para dársela á Elena.*). Que nada pierde usted en recibir.

ELENA. ¡Si usted lo cree!... Cierto que á nada compromete. Puedes retirarte. (*Al criado que se vá.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE, ELENA. *Presentando la carta á Enrique para que la lea.*

ELENA. Léala usted, amigo mio.

ENRIQ. ¡Yo!

ELENA. Por usted solo he consentido en recibirla. Además, yo no quiero tener secretos con quien va á ser mi marido El mismo Mr. Bermon sabe que voy á casarme... yo creí que esta revelacion le haria renunciar á sus proyectos respecto de mi.... y.... sin duda esa carta solo contendrá reconvenciones, lamentaciones sobre mi crueldad!

ENRIQ. (*Que ha recorrido la carta.*) No por cierto. Mr Bermon va á batirse por usted... ¡y es mas, contra dos adversarios!... Y en el caso de que pereciese en la contienda... la deja á usted toda su fortuna.

ELENA. ¿Está loco?

ENRIQ. ¡Oh! ¡Es un escelente hombre! ¡Qué noble corazon y cuanto la ama á usted!

ELENA. ¡Cómo! ¡Enrique! ¿Usted le tiene lástima. Usted toma su defensa?

ENRIQ. ¿Yo? ¡No á fe mia! Pero segun hace poco le decia á usted, cómo no interesarse uno en un cariño tan....

ELENA. Tan absurdo, tan insensato; que acabaria por comprometerme...

ENRIQ. ¿Qué dice usted?

ELENA. Si no estuviese usted á mi lado. A Dios gracias ahora no temo nada... Como no sea por parte de

su padre de usted... y del gran duque. Mi vuelta á Florencia, donde he permanecido sola mientras usted ha estado en Suiza, les ha hecho creer de que usted me ha olvidado, de que usted ha renunciado ya á mí. Por eso habrá usted visto que se han suspendido las persecuciones ordenadas contra usted.. que se habla de una especie de amnistía que tratan de concederle...

ENRIQ. Sí, no me lo han ocultado.

ELENA. Lo cual es una favorable circunstancia, que es preciso aprovechar sin la menor dilacion Asi yo lo tengo todo dispuesto para nuestro enlace... y voy á avisar al padre Antonio, á nuestro respetable amigo, y á enviarle una nota de su nombre de usted y del mio. ¡Todo estará listo para esta noche, y en cuanto la ceremonia se verifique partiremos!

ENRIQ. (*Con calor.*) Si, partiremos lejos, muy lejos, á donde nadie pueda oir hablar nunca de nosotros.

ELENA. ¡Tiene usted razon!

ENRIQ. Pero entonces..... Margarita y su padre cómo decirles...

ELENA. Comprendo que no habrá usted tenido valor para hacerlo de palabra: mas... puesto que afortunadamente no están aqui, nada nos impide el escribírselo.

ENRIQ. Es verdad, (*Señalando á la mesa de la derecha.*) dícteme usted, Elena, dícteme usted misma...

ELENA. Sea. *Dictando.*) «Margarita.... por interés hácia usted tan solo, me he visto precisado á engañarla.»

ENRIQ. No, eso es demasiado duro.

ELENA. Pongamos «Yo quisiera poder amarla á usted...»

ENRIQ. Tampoco: No es eso lo que yo quiero... lo que yo debo decir.

ELENA. Sin embargo, por fuerza hay que venír á parar....

ENRIQ. Sin duda, mas podríamos adoptar otra fórmula.....

ELENA. Busquémosla.

ENRIQ. Ya creo haberla encontrado: tengo una idea... Espere usted. (*Escribe.*)

ESCENA VII

Holbein, Elena, Margarita, *saliendo por la puerta del fondo.* Enrique *escribiendo en la mesa de la derecha.*

Holbein. (*Dentro.*) Pero aguarda, muger...

Marg. ¡Elena! ¡Hermana mia! (*Saliendo la primera y arrojándose en brazos de Elena.*)

Elena. ¡Margarita!

Enriq. (¡Oh!) (*Se queda sentado, Margarita y Holbein no le han visto.*)

Holbein. ¡Hija mia! (*A Elena.*)

Elena. ¡Semejante sorpresa..... apenas puedo dar crédito á mis ojos!

Enriq. (¡Qué situacion!)

Elena. ¡Deja que te contemple una vez y otra, Margarita! ¡Mi querida hermana!

Holbein. ¿Eh? ¡Ya ves que cambio! No diré á la verdad que me vanaglorio de él, porque .. esta chica existe contra todas las reglas del arte. Vamos, si á no haberlo visto... pero ello es que asi ha pasado. Figúrate si se encontrará buena y fuerte, que á pesar de la distancia de Zurich á Florencia, se empeñó en que su primera visita fuera para tí.

Elena. ¡Es posible! ¿para mí?

Marg. No del todo hermana mia, yo no quiero engañarte.

Holbein. Con efecto. A las dos horas de haber partido Enrique, ya Margarita no tenia tranquilidad ni sosiego. Se llegó á apoderar de ella una agitacion que me asustaba. No pensaba mas que en Florencia, no hablaba sino de su viaje, y como yo he renunciado ya á entender la medicina.... dije por toda receta. ¡Partamos! Y henos aqui.

Elena. ¿Y no te ha fatigado mucho el viaje?

Marg. Al contrario. Me siento mejor que cuando salimos de allá.

HOLBEIN. Justo. ¡Mira sino esos ojos brillantes, esa tez, esa jovialidad!

MARG ¡El placer de verte! de hallarme en tu casa... (*Mirando y yendo al fondo á dejar su sombrero y su chal.*) ¿Con que este es segun parece tu gabinete de estudio de que me habias hablado? ¡Qué elegante! ¡Qué lindo! Esperimento en él un bienestar, una secreta dicha que no puedo esplicarme. ¡Ah!! (*Viendo á Enrique.*) Ya me la esplico. ¡Enrique, tu aqui y no nos habias dicho nada!

ELENA. ¡Cómo, Margarita, se tutean ustedes?...

HOLBEIN. Cabal: el uso de la Suiza alemana... alli un novio y su prometida son como dos esposos, y dos esposos que no se tutearan... ya ves, los criticarian sobre manera.

ELENA. (*A Margarita.*) En Zurich es posible, pero aqui... . en Florencia... ¿comprendes?

MARG. Sí. Gracias, hermana mia, no me volverá á suceder... cuando haya estraños delante, pero estando solos... ¿verdad Enrique?

ELENA. (¡Solos! ¡Pues esto es peor aun!)

MARG. (Ni aun me atrevo á corresponderle.)

HOLBEIN. (*Que se ha acercado á la mesa de la derecha.*) ¡Ola! ¡Enrique escribia!...

ENRIQ. (¡Cielos!)

MARG. (*Vivamente*) ¿A quién?

HOLBEIN. ¡A quién ha de ser! á tí, ¡siempre á ti!

ELENA. (¡Y qué buena ocasion!)

MARG. ¡De veras! Deme usted, padre mio, deme usted.

ELENA. Bien ¡Désela usted que lea!

MARG. (*Leyendo.*) « Mi querida Margarita... tú sabes cuanto te amo, tú sabes que mi corazon es tuyo...»

ELENA. (*Bajo á Enrique*) ¡Oh! ¿por qué le escribe usted asi?

MARG. (*Leyendo*) Pero...

ELENA. ¿Pero... qué mas dice?

MARG. Nada mas.

ELENA. ¿No continúa la carta?

MARG. No.

ENRIQ. En este momento llegaron ustedes...

ELENA. Pues bien, ahora le pregunto..... digo..... ahora le pregunto á usted el resto.

HOLBEIN. ¿A que asunto? Yo mismo que soy tan poco fuerte en amor como en medicina, lo adivinaria sin trabajo. . Pero... espero los tormentos de la

ausencia, pero el dolor de estar separado de ti, pero la dicha de volverte á ver...

MARG. Sí. Eso, eso.

HOLBEIN. Claro está. Eso es, ó... eso debe ser. (*Mientras Holbein Margarita conduce á Enrique al sofá y hablando bajo.*) Porque allá en Zurich, no se separaban un solo momento. Enrique prodigaba á nuestra pobre enferma, tantos cuidados... velaba por ella con una ternura tan constante que..., vamos apenas tenía yo que hacer nada.

ELENA. (*Con algunos celos.*) ¿De veras?

HOLBEIN. (*Señalando á Margarita y á Enrique.*) Todo el dia estaban como los ves ahora. Yo no sé lo que tendrian que decirse pero... ¿y á donde me dejas los paseos que daban por el jardin? Lo que corrian por él asidos de las manos...

ELENA. ¡Ah! ¡Enrique no me habia contado nada de eso!

MARG. (*Levantándose y acercándase á Elena.*) Pero yo te lo diré todo hermana mia, pierde cuidado. Tenemos que hablar de tantas cosas... ¡de mi boda sin ir mas lejos! El padre de Enrique que se opone á ella; que lo entorpece todo!... ¿Concibes tú una crueldad semejante?

HOLBEIN. Eso digo yo.

MARG. ¡Y semejante hombre es ministro! y está á la cabeza del Gabinete!

HOLBEIN. ¿Así como ha de marchar el gobierno bien?

MARG. ¡Cabal! Pero... por fortuna, Elena tiene amigos, relaciones de influencia... ¿no es verdad, hermana mia? tú hablarás, tú te interesarás... No lo deseo solo por mí, sino por ese pobre Enrique.., mírale. Está tan triste, tan cabizbajo... Pero hable usted... (*á Enrique.*) Caballero: se ha quedado usted ahí inmóvil, sin decir nada.

HOLBEIN. No es necesario. Tú charlas por tí, y por él, que es una maravilla! ¡Oh! Ya no estás mala. Yo te respondo...

ESCENA VIII.

Dichos. El Criado.

Criado. El carruage está dispuesto. (*Margarita habla con su padre.*)

Elena. ¡Ah! ya me olvidaba... Son las doce... me esperan en un concierto.. en él me he comprometido á cantar... como ignoraba tu venida... (*Enrique y Holbein hablan juntos detrás del sofá.*) ¡Oh! Á saberla, yo te juro que por nada del mundo hubiera consentido... en separarme de tí, en dejarte sola.

Marg. Gracias, mi querida Elena: Pero no será así. Iré contigo, quiero presenciar tus triunfos, y el entusiasmo del público que te aprecia y se admira. ¿No es cierto padre mio? ¿Consiente usted?

Holbein. No tal. Me opongo formalmente.

Marg. ¿Y por qué?

Holbein. Á pesar de las derrotas que mi poder ha sufrido no he abdicado aun todos mis derechos de médico, y despues de un tan largo viage, en vez de irte á meter en un salon lleno de gente y donde hará un calor sofocante, debes ir á descansar: esto es lo primero y vamos á buscar un alojamiento por aquí cerca...

Elena. (*Vivamente.*) ¡Como! Alojarse en otra parte que en mi casa? Sepa usted padre mio, que ese concierto donde voy á cantar ahora mismo es á beneficio de los pobres huérfanos. Pues bien, si no hubiera sido por usted y Margarita, no me veria yo tan infeliz como ellos? ¡Ah! riquezas, honores, todos los bienes en fin, que yo poseo en este mundo, pertenecen á usted y á mi hermana. ¿Se negarian ustedes á habitar en esta casa que es tambien la suya?

Holbein. (*Abrazándola.*) No, hija mia; no, mi noble Elena.

Aceptamos. Y ese concierto... ¡Ah! Es una accion digna de tí! *La doncella sale por la izquierda trayendo á Elena su sombrero y su chal y la ayuda á ponerse esto último en el fondo de la escena. En seguida se vá.*) ¡La apruebo! La miro con placer y... es mas. Yo que no temo al calor iré contigo y Margarita se quedará en casa. Está decidido.

MARG. ¡Que fastidio!

ELENA. Pierde cuidado. Yo volveré muy pronto. No cantaré mas que dos piezas. ¿Viene usted padre mio? ¿Vamos, Enrique?

MARG. No, no. Puesto que yo me quedo... Enrique se quedará tambien.

ELENA. ¿Que dices? (¡Oh!)

MARG. Supongo que no me dejará sola. ¿No es así? (*A Enrique.*)

ENRIQ. Yo...

HOLBEIN. Es muy justo.

ELENA. Pero...

HOLBEIN. Ya comprenderás que cuando yo consiento...

MARG. (*Bajo á Elena.*) Además, hermanita, despues de tres días de ausencia... no siente uno el deseo de hablar algunos momentos con el que se ama?

ELENA. (¡Qué martirio!)

MARG. Luego usted me contará... (*A su padre.*)

ELENA. (*Vivamente á Enrique.*) (Ya es imposible diferirlo, Enrique. Aproveche usted al menos este tiempo para confesarle la verdad.)

ENRIQ. (*Id.*) (¡Si, estoy resuelto!)

ELENA. (*Id.*) (¡Bien!)

HOLBEIN. Vaya, hasta despues.

ELENA. ¡A Dios, Margarita!

MARG. ¡A Dios!

ESCENA IX

MARGARITA, ENRIQUE.

ENRIQ. (Mas bien morir que continuar por mas tiempo en una posicion semejante. Sépalo todo en fin.)

MARG. ¡Ah! Enrique, cuán largos me han parecido estos tres dias.

ENRIQ. ¡A mi tambien, Margarita, porque deseaba verla á usted, hablarla!

MARG. (*Mirando en torno suyo.*) ¡A usted!! Estás distraido sin duda. Ya no hay nadie delante: no tienes que hablarme de usted, sino como otras veces, como siempre.

ENRIQ. Es que se trata de cosas tan importantes,tan graves, que... usted misma comprenderá!...

MARG. ¿Todavia el usted?.. ¿Cómo quieres que comprenda esas cosas si empiezas con palabras que no puedo comprender?

ENRIQ. Pues bien... como tu quieras.

MARG. ¡Gracias á Dios!

ENRIQ. ¿Qué importa la manera con que uno se esprese? ¡Lo esencial es decirte todo lo que siento, todo lo que sufro!

MARG. ¡Cómo! ¿Tú sufres, Enrique? ¿Tú eres desgraciado?..

ENRIQ. ¡Ay! ¡No en este instante, Margarita!

MARG. Pero sí desde hace algun tiempo, ¿no es verdad?

ENRIQ. ¿Quién te lo ha dicho?

MARG. ¿Crees que no lo he adivinado yo misma? ¿Piensas por ventura que pueda escaparse á mi amor la mas insignificante de tus penas ni de tus alegrias?

ENRIQ. (¡Cielos!)

MARG. En tanto que yo estaba en peligro y bien mala aun... era sin embargo muy dichosa; porque todos tus pensamientos eran para mi, Enrique: yo lo leia en tus ojos. Mas... á medida que yo recobraba la salud, tu te ibas entregando á una preocupacion, á un dolor que los mios te habian hecho olvidar sin duda, y al verte, casi echaba de menos mis sufrimientos.

ENRIQ. Margarita!

MARG. Ya ves, Enrique mio, que puedes confiarme tus pesares; yo procuraba adivinarlos y... solo esperaba á tener el derecho de sobrellevarlos contigo.

ENRIQ. Qué me recuerdas? Esa esperanza de unirnos... es irrealizable! Es preciso renunciar á ella!

MARG. Renunciar!

ENRIQ. Todo se conjura para separarnos. Nuestro matrimonio es imposible! (*Se levanta.*)

MARG. (*Levantándose tambien.*) Imposible! Por qué! Hábla, yo te lo suplico; habla!

ENRIQ. Me falta valor.

MARG. Y bien?

ENRIQ. (*Buscando las palabras y confuso.*) Y bien.. Puesto que me obligas á confesártelo...

MARG. Acaba!

ENRIQ. Al llegar aquí he visto á mi padre.

MARG. Dios mio!

ENRIQ. Mas inflecsible que nunca. No solo rehusa su consentimiento para nuestro enlace, sino... que además me deshereda, me priva de todo recurso. Y yo... educado como un gran señor, que no he aprendido ningun oficio, ninguna profesion con que ganar mi vida... ¿puedo aceptar tu mano, cuando no te doy en dote mas que la miseria?

MARG. (*Sonriendo.*) Ah! Y es eso todo lo que te aflige?

ENRIQ. Yo que soñaba para tí los honores y la fortuna!

MARG. Acaso piensas que yo estoy acostumbrada á ella? Tranquilízate, Enrique... Te asusta la pobreza por mí? La conozco y la volveré á ver sin temor. Cuántas veces no ha venido á llamar á la puerta de nuestro humilde albergue! Y sin embargo, mi padre no la ha visto nunca de cerca! No me refiero á hoy, que gracias á mi hermana, estamos en la opulencia; pero otras veces... con mis agujas y mi tapicería ganaba yo lo necesario.... y trabajaba sola y en secreto, para mi padre, que no se lo sospechaba siquiera. Y ahora que seremos dos... qué digo? Y el amor? Y la juventud? Y la dicha que nos auxiliarán.. Oh! Y aun te quejas, Enrique?

ENRIQ. (*Fuera de sí.*) Margarita..! Margarita!!

MARG. Yo prefiero esta vida tranquila y dichosa á la que tú habias soñado para mí. Con ella hubiera dicho el mundo... ¿No saben ustedes? la hija del doctor, Margarita, se ha encontrado con un gran señor qu

ha hecho su suerte! Es rica! Es duquesa! No, no: yo quiero mejor que digan «Es dichosa, se ha casado con el hombre á quien ama!

ENRIQ. (*Estrechando sus manos.*) Oh! Yo no tengo fuerzas para resistir á tu cariño!

MARG. Bien sabia yo que mis palabras te consolarian! ¿vés como esas amarguras no son mas que quimeras? Solo tenian una cosa real y positiva... Perderte! Oh! ¿Crées que sobreviviria yo á semejante desgracia? Cuando quieras matarme, Enrique mio, no tienes mas que decirme... Margarita, ya no te amo!

ENRIQ. ¡Cielos!!

MARG. Pero tú quieres que yo viva, ¿no es verdad?

ENRIQ. ¡Siempre!!

MARG. Gracias, Enrique, gracias! Estamos ya completamente de acuerdo? Pues dame tu mano y no volvamos á hablar mas de ello.

ENRIQ. Margarita, (*De rodillas.*) Tú eres un angel á quien no se puede menos de adorar eternamente!!

ESCENA X.

Dichos. ELENA *saliendo vivamente por el fondo.*

ELENA. Dios mio!

ENRIQ. Oh!

MARG. (*A Enrique que vá á levantarse.*) No, no tengas cuidado. Si es Elena! Ven, ven hermana mia!

ENRIQ. (*Aparte.*) Qué vá á pensar de mí?

MARG. ¿No sabes? (*A Elena.*) Enrique pretendia dejarme, abandonarme!

ELENA. Es posible?

MARG. Te sorpendes como yo... no puedes creerlo! Sin embargo, me decia que no podria ser mi esposo, que nuestro matrimonio era imposible!

ELENA. (*Bajo á Enrique.*) (Bien, muy bien!)

MARG. Afortunadamente le he probado lo contrario, y se ha visto precisado él mismo á convenir conmigo. ¿No es así, caballero?

ELENA. (*Con emocion.*) Ah! era eso... lo que convenia con usted de rodillas! (*A Margarita.*)

MARG. Con usted! calle! ¿No se tutea nadie en Florencia? ¿Ni aun las hermanas?

ELENA. Perdona, Margarita, ha sido una distraccion. ¿Conque decias hace poco á Enrique...

ENRIQ. Que no sobreviviria á la pérdida de aquel á quien amaba...

MARG. Cierto!

ENRIQ. Y que si la queria matar, bastaba para ello decirle... no te amo,

MARG. Oh! si. Pero .. á qué viene repetir ahora eso? Elena sabe bien que yo no podria vivir sin tu cariño, sin el suyo, sobre todo!... Y sin embargo... Ah! No me lo perdonaré nunca! En una ocasion me atreví á dudar de él.

ELENA. ¡Tú, dudar de mi cariño!

MARG. Sí. Un dia, un instante no mas. Ves como el amor puede alterar el caracter? He tenido celos de tí!

ELENA. ¡Celos! (esto me faltaba!)

MARG. Hace dos meses... en Zurich el dia de tu partida, Enrique y tú hablábais tan bajo... y... y me pareció que lo mirabas como yo lo miro, como yo sola tengo el derecho de mirarle!

ELENA. Margarita ..

MARG. ¡Perdóname, perdóname, era un absurdo! Si tú hubieses amado á Enrique, me lo hubieras dicho! y yo...

ELENA. Y tú... prosigue.

ENRIQ. Habla.

MARG. Me hubiera muerto para dejar que le amases sin remordimientos!

ELENA. (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¡Dios mio!

ENRIQ. Ah!! (*A la vez.*)

MARG. (*Mirando al fondo.*) Pero... cuanto me alegro! Aquí tienes aquel caballero tan original... nuestro amigo! Mr. Bermon! (*Riendo.*)

ESCENA XI.

Dichos: BERMON *con un brazo vendado y sostenido por un pañuelo atado al cuello.*

BERMON. ¡Bravo! Magnífico! celestial! Cómo ha cantado usted segun aseguran los inteligentes! Pero que! Todo el público dice lo mismo! los que estaban á mi lado se volvian locos!...

MARG. ¡Calle! ¿Qué tiene usted en ese brazo?

BERMON. ¡Nada! Una caida...

ELENA ¡Es usted tan torpe!

BERMON. ¿Torpe? (No tanto, porque he quedado triunfante de los dos desafios.)

ELENA. Me parece, Mr. Bermon, que le habia á usted indicado. .

BERMON. ¿Que no me presentase en su casa de usted? Sí, con efecto. Recuerdo algo... Y por eso, precisamente por ver á usted y oirla sin desobedecerla vengo del concierto Alli podia entrar todo el mundo: en comprando un billete... Yo compré veinte y cinco para tener mas derechos que nadie y para aumentar las ganancias de un beneficio que usted tambien protegia. ¡Pero que de gente!

ELENA. Eso no es responder á lo...

BERMON. Una sola cosa hizo usted mal, y todos lo decian.

MARG. ¿Cuál?

BERMON. El no haber cantado mas que una sola pieza.

ELENA. (Tal era mi impaciencia por volver aquí.) *(Alto.)* Y por lo mismo, no sé por qué fatalidad inconcebible me la hicieron repetir.

BERMON. Era yo.

ELENA. ¡Usted! ¡Ah! *(Con ira.)*

BERMON. Y me vanaglorío de ello. Ademas, tambien la hice á usted salir cinco veces. Y por mi gusto....

ELENA. ¿Pero está usted destinado en el mundo para ser mi eterna pesadilla? ¿Le ha dado á usted el desti-

no la mision de perseguirme y de ser mi tormento?

BERMON. ¡Porque la aplaudo á usted! Juzguen ustedes por este rasgo de su caracter. (*A Margarita y Enrique.*)

ELENA. Sea como sea, caballero. Hasta ahora no me ha esplicado usted cómo á pesar de mi prohibicion espresa ha vuelto usted aquí.

BERMON. Poco á poco... yo no vengo á verla á usted.

ELENA. ¿Pues á quién, caballero?

BERMON. Al duque de San Miguel... hijo.

ENRIQ. ¿A mi?

ELENA. ¿Con qué objeto?

BERMON. Con el de darle cuenta de dos entrevistas que he tenido... la primera con el primer ministro, su padre, que me ha encargado de traerle esta carta... (*Dándosela á Enrique.*) Y la segunda con nuestro augusto soberano, el gran Duque de Toscana. Este es menos orgulloso que usted; siempre me recibe. (*A Elena.*)

ENRIQ. (*Que ha recorrido la carta.*) ¡Cielos!

MARG.
ELENA. } ¿Qué?

ENRIQ. (*Guardando bruscamente la carta en el bolsillo.*) Nada, nada, ya lo diré despues.

ESCENA XII.

Dichos, HOLBEIN.

HOLBEIN. ¡Es imposible! lo repito. Y por muy habituado que desde hace algun tiempo esté yo á las sorpresas...

TODOS. ¿Qué sucede?

HOLBEIN. No lo van ustedes á creer... como yo mismo que acabo de oirlo no lo creo todavia. Elena se casa.

TODOS. ¡Elena!

MARG. ¡Mi hermana! ¡No es posible!

HOLBEIN. ¡Y hoy mismo! Esta noche.

BERMON. (*A Holbein con ira.*) ¡Caballero, me dará usted una satisfaccion!

HOLBEIN. ¿Yó, que dice usted?

BERMON. ¡Un desatino! ¡usted perdone, doctor, usted perdone. Pero se la (*A Helena.*) pido á usted. No, tampoco. A él, cualquiera que sea. Hable usted, doctor, ¡hable usted por todos los santos del cielo!

HOLBEIN. ¿Qué he de hablar? Yo estaba en el concierto en los primeros asientos...

BERMON. Ha sido usted mas feliz que yo. A mi me tocaron los... pero continúe usted.

HOLBEIN. Sentado junto á un hombre vestido de negro, un eclesiástico. (*A Margarita.*) Sí, hija mia, en este pais, los eclesiásticos tambien van á los conciertos, sobre todo cuando tienen un objeto piadoso. El hombre estaba fuera de sí, y aplaudia á Elena con tanto entusiasmo, que no pude reprimirme, y le dije dándole gracias y llorando de alegria... ¡Es mi hija, mi hija adoptiva! Y yo he llegado á Florencia hoy mismo... —Comprendo, me dijo á media voz. Ha venido usted para hallarse en la ceremonia de esta noche. — Yo me quedé sin entender... No tema usted nada, me añadió, estoy en el secreto; soy... el padre Antonio, el religioso que va á casarla. — ¡A casarla! esclamé, pero en un tono tan propio de mi estrañeza que... el eclesiástico advirtiendo entonces que yo no sabia nada, y que él habia cometido por lo tanto una indiscrecion, se puso de nuevo á aplaudir, sin responder á ninguna de las preguntas que despues le hice.

MARG. Veo que no hay la menor duda.

BERMON. ¡Es evidente!

ELENA. Pues bien: sí, debo casarme.... y si he querido que fuese un secreto para todo el mundo...

MARG. ¡Aun para nosotros! ¡Es decir que no nos amas ya! ¡que somos unos estraños para tí, unos indiferentes!

HOLBEIN. ¡Pues!

ELENA. ¡Padre!

MARG. ¿Quién sabe si unos importunos, que no hemos venido á tu casa sino para molestarte y que estamos en ella de mas? ¡Oh! Pero no permaneceremos aqui un solo instante. ¡Vámonos al punto: ven Enrique!

ELENA. (*A Margarita.*) Un instante, un instante, hermana mia, yo te lo ruego: necesito precisamente pedir un consejo á Enrique... y en seguida... lo juro... te presentaré á tí y á mi padre el hombre con quien voy á casarme. (*Volviéndose á Bermon.*) En cuanto á usted, caballero, á quien no debo ninguna cuenta de mi conducta... us-

ted no le conocerá.

BERMON. ¿No? ¡Lo veremos!

HOLBEIN. ¿Se va usted?

BERMON. Pero vuelvo al instante. (O soy banquero ó no soy banquero.) (*Váse.*)

HOLBEIN. ¿Eh? No he entendido....

MARG. Bien, Elena, mucho me alegraré de haber sospechado sin razon de tu cariño. (*Holbein y su hija se van por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

ELENA, ENRIQUE

ELENA. Enrique, antes de confesárselo todo á Margarita, como quiero hacerlo, como ya lo hubiera hecho si usted no lo hubiese estorbado, deseo saber el contenido de esa carta que acaba usted de recibir y que tanto le ha conmovido á usted.

ENRIQ. Y yo Elena... le ruego á usted no me lo pregunte.

ELENA. ¡Ah! ¡Tiene usted ahora secretos para mí!

ENRIQ. No, no.

ELENA. (*Leyendo.*) «Hijo mio. Mi soberano y yo, no podemos en estos momentos rehusar nada á Mr. Bermon, banquero de la córte; y tu mas fiel amigo. Con las mas vivas instancias me ha suplicado consienta en tu matrimonio con la hija del doctor Holbein...» (*Hablando.*) Siempre ese Bermon. ¿Quién le da derecho... «No hubiera sido ciertamente esa jóven la que yo hubiera elegido para duquesa de San Miguel, pero vuelto apenas de la sorpresa y del enojo que me causó antes el saber que querias ser esposo de una prima donna, prefiero en este caso fortuito á la hija del doctor. Apruebo, pues, vuestro enlace, y me apresuro á anunciarte que el gran duque nuestro soberano, te devuelve como regalo de boda tus títulos y honores, asi como yo mi afecto y mi paternal bendicion.» (*Pausa.*) Ya lo ve usted, Enrique. (*Conmovida.*)

ENRIQ. ¡Elena!

ELENA. Ya ve usted como tenia razon en querer saber el

contenido de esta carta!... ¡Oh! despues de haberla leido, le amo á usted demasiado para insistir en ser su esposa. Este amor le costaria á usted muy caro. Y sus resoluciones de usted...

ENRIQ. Elena, usted ha recibido mis juramentos y yo sabré cumplirlos Sí; y ahora mas que nunca, porque la misma ofensa que para usted contiene esa carta; los hace mas inviolables y mas sagrados.

ELENA. ¡Ah! Gracias, Enrique, gracias. Le reconozco á usted en ese rasgo generoso: pero mi orgullo, mi altivez se revela contra la idea de entrar en una familia que me rechaza, en tanto que Margarita.... mi hermana...

ENRIQ. (*Recordándola.*) ¡Margarita!

ELENA. Usted no la ama, lo sé; por mí únicamente, por mí, consintió usted en prolongar su error... pero... en fin: ella le ama á usted, Enrique.... ¿Y quién sabe?... Algun dia... Lo que hoy no es mas que una ficcion... ¡puede llegar á ser una realidad! Tal vez (¡Ay!) tal vez usted (*Observando su turbacion.*) acabará por amarla (*Vivamente.*) ¡Oh! usted la ama ya.

ENRIQ. ¡Yo!

ELENA. Sí, sí, de lo contrario usted no me hubiera dejado concluir sin protestar contra mis consejos! Usted me habria acusado ya de injusta, de infiel... ¡usted la ama!

ENRIQ. Y usted Elena; usted ha sido quien me arrojó á los brazos de esa jóven que yo queria y no podia rechazar de mí! Pero... esta pasion, que á pesar mio, se ha apodardo de mi alma.... yo sabré resistirla, yo la combatiré. Sí. Encárgese usted, en cambio, de decírselo á Margarita, y yo le juro no volverla á ver mas, alejarme de ella para siempre!

ELENA. Llevando su recuerdo en el corazon... amándola como nunca!

ENRIQ. (*A sus pies.*) ¡Ah! ¡Elena, Elena!

ESCENA XIV.

Dichos, BERMON.

BERMON. (*Saliendo irritado.*) ¡Sopla! Era cierto lo que acabo de saber!

ENRIQ. Caballero, ¿qué significa ese tono? (*Alzando la voz.*)

BERMON. Significa, que yo no consentiré. (*Gritando.*)

ENRIQ. ¡Estoy á sus órdenes! pero hable usted bajo.

BERMON. ¡No señor! ¡quiero alborotar! ¡tengo razon para ello!

ESCENA XV.

Dichos, MARGARITA, HOLBEIN.

HOLBEIN. ¡Qué ruido!

MARG. ¡Cielos! ¿Qué sucede?

BERMON. (*Apenas conteniéndose.*) Sucede... sucede que... Qué diablos! Voy á decirlo claro. Sucede que el padre Antonio no ha podido resistir á los argumentos que he empleado. . ya estaba yo seguro; y me lo ha dicho todo! Todo lo que él sabia. Es decir, que Elena le habia enviado esta mañana para la fé de su matrimonio, su nombre y... y ademas el nombre, edad y cualidades de su futuro esposo.

HOLBEIN. } Y es...
MARG. }

BERMON. ¡Enrique de San Miguel!

MARG. ¡Cómo!

HOLBEIN. (*A Bermon.*) ¡Cielos! Calle usted. (*Señalando á Margarita.*)

ELENA. ¿Por qué? ¿Qué teme usted, padre mio, cuando ella es amada, cuando es dichosa!

BERMON. (*Señalando á Enrique.*) ¡Dichosa! y usted vá á casarse con el que ella ama!

ELENA. (*Friamente.*) ¿Yo? jamás!
MARG. No comprendo...
ELENA. Nunca he tenido relacion alguna con Enrique y estraño...
BERMON. Pues... y ese nombre... esa nota enviada por usted...
ELENA. El nombre de mi testigo.
BERMON. ¿Eh? ¿de su testigo?
MARG. ¿Lo vé usted, padre mio? (*Contenta.*) ha sido un error!
ELENA. ¡Pues! cuando una se casa necesita de testigos. Enrique habia consentido en serlo mio .. para esto precisamente quise hablarle hace poco.
MARG. Pero entonces... Ese marido... responde; ese marido tuyo... ¿quién es?
TODOS. ¿Quién?
BERMON. ¡Cabal! ¿Quién es ese hombre?
ELENA. Usted.
BERMON. (*Estupefacto.*) ¡Yo!!! (*Sorpresa general.*)
ELENA. (*Aparte.*) ¡Padre! ¡hermana mia! ¡ya estais pagados!
BERMON. ¡Yo!!
ELENA. Sí, usted para enseñarle á...
BERMON. (*Dando un grito.*) ¡Oh! ¡Esto es un sueño! ¡una embriaguez! una... una cosa llovida del cielo!
ELENA. Sí, bien puede usted decirlo!
BERMON. ¡Yo su marido! ¡Yo! Pero entonces, ¿por qué no envió usted en la nota. .
ELENA. ¿Su nombre de usted y su edad? ¿Lo sabia yo por ventura? No, yo no conocia mas que al hombre generoso que se ha batido dos veces por mí.... al que me dejaba toda su fortuna! Toma, (*Sacando una carta y dándosela á Margarita.*) hermana mia. Lée su misma carta y verás...
MARG. (*Enseñándosela á su padre.*) ¡Es cierto! Sí. ¡Ah! qué feliz me haces, porque yo aun dudaba...
BERMON. ¡Como yo! si aun no he vuelto de mi sorpresa. (*A Elena.*) Y por lo que hace á mi nombre y demás circunstancias, me llamo Antonio Bernabé, Julio Bermon de Stelino: mi edad treinta y un años, vivo en la plaza de...
ELENA. Bien. Basta Ahora ya no hay prisa...
BERMON. Cómo que no? Cuando estaba usted decidida á que esta misma noche....
ELENA. Esta noche se casará mi hermana.
MARG. Enrique. ..
BERMON. Sí, pero nosotros, nosotros....

ELENA. Yo le reservaba á usted esta sorpresa, Mr. Bermon, mas en vista de su desconfianza, de sus celos, de su discrecion, retardo....

MARG. Pobrecillo! Y cuando?...

ELENA. No lo sé: veremos.

TODOS. Elena!

BERMON. Chis! nada, nada! No la irriten ustedes: cuando ella guste; no sea que se arrepienta.... (*Se oye dentro una serenata.*)

ELENA. Qué es eso?

BERMON. Una música debajo de sus balcones de usted.....

ELENA. Cómo, caballero....

BERMON. No se enoje usted. No he sido yó, sino todos los jóvenes de la ciudad que vienen á dar gracias á la artista que ha cantado á beneficio de los pobres huérfanos, por favor, por generosidad.

ELENA. No. (*Estrechando la mano de Holbein.*) Por reconocimiento! Sí, hérmana mia! Por reconocimiento y por amor! (*Pausa. Se serena.*) Prevengo á usted Mr. Bermon, que mi hermana es para mí antes que todo! antes que todo en el mundo, lo oye usted?

BERMON. Concedido.

ELENA. Le prevengo á usted tambien que quiero continuar continuar en el teatro!

BERMON. Corriente.

ELENA. Que cantaré todas las noches.

BERMON. Me es igual, al fin he acabado por aficionarme á la música.

ELENA. Le advierto por último que tengo algunos defectos.

BERMON. Los conozco y me embelesan.

ELENA. Mas de lo que usted piense.

BERMON. Mejor; yo estoy por las sorpresas.

ELENA. Sin contar mis caprichos.

BERMON. Bravo, para eso tengo conque satisfacerlos.

ELENA. Oh! Imposible el aborrecer á este hombre.

BERMON. Pues á que me martiriza usted retardando!... Elena! Elena! (*Le alarga la mano.*)

ELENA. Tomad. (*Le da la suya.*)

BERMON. Oh! Felicidad! Esta misma noche nos casamos los cuatro.

FIN DEL DRAMA.

Junta de censura de los Teatros del Reino.

Madrid 16 *de Diciembre de* 1850.

Aprobada y devuélvase.

Rafael Perez Vento.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art* 11

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art.* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el prévio consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin prévio consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem. art.* 23.